

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

VEN A CHARLAR ESTA NOCHE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

LOU CARRIGAN

VEN A CHARLAR ESTA NOCHE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 281
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.929 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Madame Debré se hallaba en un estado de completa desesperación cuando sonó la llamada a la puerta de su pequeña, vieja, sucia y descuidada casita de la rué Du Poteau, en el Montmartre parisiense.

Todo iba mal. Todo. Empezando por la propia casa, pasando por las estrecheces económicas, y terminando con aquel frío que hacía días había llegado finalmente a París.

Todo iba muy mal.

Cuando fue a abrir, bullía en su mente un pensamiento esperanzador:

—Quizá sea Claude, que viene a traerme un poco de dinero para ayudarme... ¡Si no fuese por esa...!

Cada vez que pensaba en su nuera, madame Debré sentía como un mordisco en el estómago. Era algo superior a sus fuerzas, no podía evitarlo. Por primera vez en su vida, por única vez, sentía odio por una persona. No furia o ira, o un rencor más o menos exacerbado, no: un odio total, terrible, que hasta la asustaba a ella misma. No estaba acostumbrada a odiar, y ahora, ese... sentimiento suyo le causaba siempre desazón, tristeza, una gran depresión...

Pero no podía evitarlo: cada vez que pensaba en Monique, sentía aquella especie de ardiente mordisco en las entrañas. Tan fuerte, tan intenso, que casi se sentía físicamente mal en verdad. En aquellos momentos, como en otros muchos desde que su hijo Claude había tenido la desdichada idea de casarse con Monique... La idea la aterró, pero, mientras se acercaba a la puerta, helada de frío y mal nutrida, Claudine Debré lo pensaba una vez más: sería capaz de matar a Monique.

Sólo que, ciertamente, no era Monique quien visitaba a madame Debré. Y esto no era sorprendente: lo sorprendente habría sido precisamente que Monique se acercase a su suegra, a la cual detestaba con desdeñosa ironía, considerándola poco menos que un trasto viejo. Sí, un trasto viejo, inútil, molesto además.

Por fortuna para ambas, dado el estado de ánimo de madame Debré, no, no era Monique.

—Marie... —murmuró al ver en el exterior a su visitante—. ¡Qué sorpresa, querida!

Era una sorpresa, desde luego, pero no agradable. Marie Mortier era una de sus buenas amigas..., pero de tiempos mejores, Hacía tiempo que no se veían. Y de pronto, sorprendentemente, allá estaba la querida Marie, mirándola sonriente.

—Hola, Claudine —saludó cariñosamente—. ¿Cómo estás?

—Bien... Muy bien. Oh, pasa, por favor.

Madame Mortier entró en la casita de su antigua amiga, mirando con mal disimulado interés a todos lados. No es que la casi anciana madame Mortier

tuviese aspecto de millonaria, ni mucho menos, pero, en verdad, resultaba acomodada. Llevaba buenas ropas, buen calzado, un estupendo abrigo... Su cara estaba saludablemente sonrosada pese a las naturales arrugas de la edad, y en general tenía el aspecto plácido y amable de una abuelita encantadora.

De haber ido bien las cosas, madame Debré hubiese tenido sin duda un aspecto tan agradable como el de su amiga

Pero como todo iba mal... Todo. La visitante no habría necesitado informes previos sobre la situación de su amiga, si, sencillamente, hubiese antes ido a ver la casa. Años atrás, la casa había sido bonita. Claro, no muy grande, pero siempre limpia, con flores en las ventanas, y hasta en el diminuto jardín delantero. Claudine Debré había sido siempre una mujer limpia y alegre. Ahora la casa resultaba sórdida, todo era viejo y estaba más bien sucio. Ya no colgaba del techo de la salita una bonita lámpara, sino una simple bombilla con pantalla.

Deprimente por completo.

Pero madame Mortier se guardó muy bien de manifestar su opinión al respecto procurando sonreír.

—¿Estás sola? —preguntó.

El gesto de madame Debré se nubló un instante. ¿Sola? ¡Claro que estaba sola! Siempre estaba sola, desde que aquella maldita zorra de Monique se había llevado a su hijo y...

—Sí, sí... En estos momentos, sí.

—Espero no molestar, de todos modos.

—Pero ¿qué dices? —Se mostró jovial Claudine—. ¡Mujer, tú no molestas nunca!

Siéntate, siéntate... ¿Quieres café?

Eso sí: las cosas iban mal, pero lo último que abandonaría en su vida madame Debré era el café. Si le quitasen también el café, ya no valdría la pena vivir. Por mal que fuese todo, el café no podía faltar.

—Te lo agradezco mucho, pero hace tiempo que no tomo café: me quita el sueño, es terrible... Así que no tuve más remedio que pasarme al té. Es mucho más suave.

—Sí, eso dicen... —madame Debré se sentó en el viejo sofá, junto a su amiga—. Pero no tengo té en casa, Marie, lo siento.

—No te preocupes —madame Mortier volvió a mirar a su alrededor, y la cortés sonrisa desfalleció un poco en sus labios—. Ya he tomado en casa antes de venir. Hace tanto frío que me pareció buena idea calentarme por dentro.

Madame Debré dirigió una mirada de soslayo a la estufa, causa de su desesperación de aquella tarde. Una vieja estufa a gas embotellado, que además de todos sus achaques, en aquellos momentos tenía un defecto insalvable: había agotado el gas.

—Estaba intentando encender la estufa —murmuró—, pero me parece que algo se ha estropeado. Supongo que tendré que comprar una nueva.

—Todos los aparatos se estropean, tarde o temprano —dijo apaciblemente madame Mortier—. Igual que las personas: por mucho que hagamos, por mucho que nos cuidemos, el tiempo va... estropeando nuestras piezas más importantes; hasta que un día dejamos de funcionar, como tu estufa. La diferencia está en que no podemos comprar un cuerpo nuevo, pero sí una estufa nueva. No dejes deshacerlo cuanto antes, querida, o te vas a quedar helada.

Madame Debré sonrió, haciendo de tripas corazón. ¿Comprar una estufa nueva? Claro, era una idea estupenda, y por supuesto no necesitaba ayuda para tenerla. Para lo que necesitaba ayuda era para conseguir los trescientos cincuenta francos, precio de una estufa aceptable.

—Sí... —dijo—. Mañana mismo saldré a comprarla. Pero, querida, dime: ¿qué te trae por aquí?

—Quisiera que me hicieras un vestido.

—¿Qué?

—Un vestido. Tú siempre has tenido buenas manos, Claudine... ¿Dispones de tiempo para dedicarme? Naturalmente, te lo pagaría, no faltaba más.

Claudine Debré parpadeó, después de estar unos segundos mirando fijamente a su amiga. Sentadas una junto a la otra, mirándose, las dos ancianas ofrecían un notable contraste general. Tenían aproximadamente la misma edad, pero el aspecto de ambas era bien diferente. La diferencia entre la prosperidad y la escasez.

—¿Has venido desde Grosbois para que yo te haga un vestido? —musitó.

—Así es.

—¿No hay modista en ese pueblo, ni tiendas donde vendan confecciones?

—Oh, hay de todo, claro que sí. Pero, recordé lo bien que los haces tú, y...

—Los hacía —cortó madame Debré—. Hace años de eso, Marie. Ahora ni mis manos ni mi vista podrían...

—Tonterías —rió Marie Mortier—. Oh, vamos, Claudine, no intentes convencerme de que eres una pobre viejecita temblorosa. Tenemos la misma edad, ¿recuerdas? Así que supongo que estás tan perfectamente como yo.

Madame Debré miró las ropas de su amiga, y sonrió amargamente.

—Más o menos —deslizó.

—Vamos, vamos... ¡Por Dios, que frío tan terrible! ¿Te parece que salgamos ahora a comprar una estufa? Podemos charlar, pasear un poco... En la calle hace menos frío que aquí, querida.

—Lo sé... Pero no puedo salir ahora. Quiero decir que el Banco está cerrado, y no podría retirar dinero para...

—Oh, puedo dártelo yo —madame Mortier sonrió de aquel modo encantador—. A cuenta de tu factura, claro. ¿Te parece bien quinientos francos?

Un tic nervioso apareció en el ojo derecho de madame Debré.

—¿Quinientos francos? —Se afinó su voz—. ¿Te estás refiriendo a quinientos francos... fuertes?

—Claro: cincuenta mil de los viejos. Lo que pasa es que yo me he acostumbrado hace tiempo a la nueva expresión, y decir cincuenta mil francos por un vestido me parece... aparatoso. Toma, quédatelos ya, y así podrás disponer de ellos a tu antojo.

Abrió el bolso, y sacó un sobre, que tendió a madame Debré. Esta abrió el sobre y, efectivamente, vio dentro nada menos que quinientos francos nuevos. Cincuenta mil antiguos. Como lo cierto era que no necesitaba todavía renovar la estufa, y que bastaría con unos pocos francos para adquirir un par de cargas de gas, casi se podía considerar rica.

De nuevo se quedó mirando a su amiga, sosteniendo el sobre entre sus huesudos dedos temblorosos.

—Es mucho dinero por un vestido..., que seguramente no sería de tu agrado hoy día, Marie. Dime la verdad: ¿qué te propones?

—Mujer, ya te lo he dicho...

—Dime la verdad.

Madame Mortier titubeó, y bajó de pronto los párpados.

—Te aseguro que no he pretendido molestarte, Claudine.

—¿De qué estás hablando?

—Bueno... Sé que no estás pasando muy buenos tiempos, la verdad. En realidad, lo sé todo.

—¿Qué es todo?

—Tu situación... Por favor, no me interrumpas. ¿Por qué vamos a engañarnos entre nosotras? Yo he tenido suerte: mi hija se casó con un hombre bueno y honesto, tienen una hermosa casa en Grosbois, tres niños, no falta dinero... No son ricos, pero para mí es como si lo fuesen. No me falta nada... —sonrió, señalando el sobre—. Ya ves: ni siquiera dinero. En cambio, tú, Claudine, tienes que permitirme que te ayude, siempre hemos sido amigas...

—¿Qué es lo que sabes?

—Mujer... Lo de tu hijo y su mujer... Todo.

—Pero... ¿qué es todo? —insistió Claudine, con voz tensa.

—Supongo que lo sabes tan bien como yo. Tu hijo, Claudine, no es un hombre de suerte, desde luego. Ni tú tampoco, debido a la mujer de él. Es... humillante y espantoso todo esto. Claro que no lo sería tanto si tú estuvieses atendida económicamente ya que, al fin y al cabo, ellos tienen edad suficiente para decidir sobre sus vidas, pero..., Santo Dios, Claudine, ya es malo que esa mujer haya conseguido que tu hijo no te pase ninguna cantidad, pero lo que está haciendo con él me parece demasiado, incluso a mí que, como sabes, soy una buena francesa.

—¿Qué quieres decir?

—Vaya... El pobre Claude... Bueno, tú ya sabes: ella no se conforma con él y... Claudine Debré quedó lívida.

—¿Quieres decir que le engaña?

—¿No lo sabías? —se asustó madame Mortier.

—No.

—Oh, Dios mío... ¡No he debido...! Pero creí que estabas enterada, así que...

—¿Y con quién le engaña?

—Pues...

—¿Quién es el amante de Monique, de esa...?

—Nadie en particular —volvió a bajar los párpados Marie Mortier—. Claudine, esto es terrible para mí. Si hubiera...

—¿Quieres decir que ella va con varios hombres?

—Creo que debo marcharme —se puso en pie madame Mortier—. Buscaré una tela que...

—Espera —Claudine le tomó una mano, y la hizo sentarse... Tienes que contarme más cosas, Marie.

—Pero es que no hay más cosas que contar... Estaba convencida de que lo sabías. ¡El pobre Claude...! Tu hijo siempre fue un buen muchacho, lo sé muy bien: ha tenido mala suerte, eso es todo. No por lo que hace su mujer siempre que le viene en gana, cosa corriente y por la que nadie se escandaliza demasiado... La mala suerte de Claude está en que dicen que no puede dejar a su mujer, que la ama a pesar de todo... Y ella lo está escarneciendo, sé que le ha prohibido que te ayude, que venga a verte, incluso...

—¿Y has querido ayudarme? No necesitas ningún vestido, ¿verdad? Y menos, de los que yo pueda hacerte.

—No seas quisquillosa... Todavía puedes trabajar. Sé que es triste, pero... ¿qué otro remedio te queda? Mira, yo he pensado que al menos tu parte puede ser solucionada: me haces el vestido, y como estoy segura de que será precioso, te conseguiré algunas clientes en Grosbois... Ellas no vendrán aquí, no: tú puedes ir allá, a sus casas... Les será muy cómodo, y así no verán dónde vives, y cómo. No te lo tomes a mal, pero... esta casa no parece la misma de hace años, Claudine. Así que he pensado...

Claudine Debré tragó saliva.

—Tu idea es buena —dijo con un hilo de voz—. Gracias, Marie.

—Me gustaría poder hacer más, pero... Ya te he dicho que mi yerno no es rico. Desde luego, siempre me da pequeñas cantidades, pero comprende que...

—Tu yerno no tiene por qué mantenerme a mí.

—Lo que trato de decir...

—Te he entendido. Y es una solución... digna para mí. Te haré el vestido, Marie..., y espero que te guste..., y que les guste a tus amigas.

—¡Estoy segura de que será así! Ya verás cómo todo se irá arreglando, mujer.

—Sí... Sí, claro... De momento —intentó sonreír, alzando el sobre del dinero—, ya se ha arreglado lo del frió. No es verdad que la estufa está estropeada: es que ya no tenía ni un solo franco para gas, ni para nada.

—Dios mío, esto es horrible... ¡Pobre Claudine! Pero no... no es posible que... ¿No tienes nada para comer?

—Tengo café.

Marie Mortier dejó caer la cabeza sobre el pecho, y se puso a llorar silenciosamente. Así es la vida: una excelente persona como Claudine se casa, tiene un hijo, es feliz... Luego se queda viuda, el hijo crece... Las cosas parece que se van arreglando. Y entonces, el hijo se casa con una mala mujer. Vulgar y corriente, pero no por ello menos triste, menos acongojante. ¡La buena y querida Claudine...!

—Saldría contigo para ir a buscar la tela para el vestido —oyó decir a Claudine—, pero me parece que desentonaría a tu lado. Si tu hija sabe en qué condiciones vivo, quizá no le haga mucha gracia que vengas aquí.

Madame Mortier se secó las lágrimas con un delicioso pañuelito blanco.

—No lo sabe. No le he dicho nada, ni se lo diré... Ella es joven, no tiene por qué escuchar estas cosas, Claudine. Creen que he venido a París de compras, eso es todo... Pero no creas que no le he dicho que venía a verte por tu casa: es que no quiero contarle lo que pasa con Claude... La entristecería: Se conocen desde niños, se quieren mucho...

Claudine asintió con la cabeza.

—Si te parece bien, yo misma te compraré la tela por la mañana. Así no tendrás que salir conmigo.

—¡Mujer, no digas esas cosas...! No me importaría salir contigo, pero la verdad es que se me está haciendo tarde... Además, siempre has tenido muy buen gusto: lo dejo en tus manos todo.

—Está bien... Bueno, te tomaré las medidas ahora, y tú verás cuándo vienes a la primera prueba.

—De acuerdo. Y no dejes de salir a comprar una carga de gas en cuanto yo me vaya o te vas a morir de frío.

—Compraré gas —sonrió madame Debré—. Y comida. Y más café. Gracias, Marie. Perdóname un momento: tengo todas mis cosas en el desván. Voy a buscar la cinta métrica.

Se fue hacia el fondo de la casita.

Junto a la cocina, había un tramo de escalones de madera que llevaba al desván. Hacía tiempo, mucho tiempo que no subía allí para nada, que no abría aquella puerta. Así que la cerradura rechinó cuando movió la llave.

Empujó la puerta, y su mano fue hacia el interruptor de luz. Lo accionó, pero la luz no se encendió... Un pequeño contratiempo más, pero ahora tenía dinero, y no sería la compra de una bombilla lo que la arruinase. La compraría por la mañana, cuando fuese a comprar la tela para el vestido de Marie...

Por el momento, como recordaba bastante bien la disposición de los trastos viejos en el desván, podía moverse a tientas. Nunca le había asustado la oscuridad. Sus manos fueron tocando objetos, cajas, paquetes..., hasta que llegaron al maniquí. Una triste sonrisa apareció en los labios de Claudine Debré: el viejo maniquí que tantos años llevaba allá arriba, abandonado... Sí, quizá Marie había tenido una excelente idea: ella podía volver a coser, y ganaría para lo imprescindible, no necesitaría a nadie. Ni siquiera a Claude.

«Pobre hijo mío —pensó—. ¡Pobre niño! Lo está pasando peor que yo, naturalmente, y así seguirá mientras no pueda dejar de amar a esa mujer.»

Al pensar de nuevo en Monique, madame Debré notó una vez más aquella especie de feroz mordisqueo en las entrañas. Era espantoso sentir aquello. Y ahora, con más fuerza todavía. Porque si al menos Claude fuese feliz...

Sus manos encontraron por fin la cómoda. Estaba llena de polvo, desde luego. Buscó el cajón primero de la derecha, lo abrió no sin esfuerzo, y estuvo tanteando hasta encontrar la cinta métrica. Luego, cerró el cajón y, al empezar el movimiento para volverse hacia la puerta, vio aquello.

Eran solamente dos puntitos luminosos en la oscuridad, en un rincón, al nivel del suelo. Dos diminutos, fosforescentes, inquietantes puntitos luminosos, que tardó apenas dos segundos en identificar.

—¡Ratas...! No es posible...

CAPITULO II

Pero no eran ratas en plural, sino una sola rata. Una sola rata... grande.

La noche anterior, madame Debré había salido del desván a toda prisa, asegurándose de que la puerta quedaba bien cerrada, para evitar que las ratas invadiesen la casa. Por la mañana, entre otras cosas, compró un poderoso raticida y una bombilla. Al llegar a casa, subió al desván, cerró inmediatamente la puerta, y se las arregló para colocar la bombilla en su sitio. Luego, la encendió.

Miró hacia donde por la noche había visto dos puntitos luminosos, pero la rata no estaba allí. Naturalmente, se había escondido... Las ratas siempre se esconden. Pero, cuando estaba dejando el raticida en aquel mismo rincón vio, muy cerca de allí, en la unión de la pared y el suelo, el agujero. Un agujero tan grande como una naranja de buen tamaño.

—Ah, la granuja —dijo en voz alta—. Debió entrar por aquí. Y por aquí mismo se habrá marchado ya. Lo mejor será que tape bien ese agujero: no quisiera tener la casa llena de ratas.

Comenzó a remover las cosas, buscando algo para tapar el agujero, y entonces, justo al mover unas cajas, sobre las cuales había una vieja hacha herrumbrosa, la vio en el fondo de la última caja, recogida en sí misma, con sus redondos ojos fijos en ella. Una fijeza terrible, escalofriante.

Una sola rata... grande.

Porque alrededor de ella, casi ocultas por el sucio pelaje del repugnante animal, había más. Diminutas, inquietas, asquerosas como nada en la vida, las crías de la rata grande buscaban su alimento en la madre. Una madre de ojos brillantes, estremecedores, que estaban fijos, fijos, fijos, en los de Claudine Debré, que había quedado petrificada, desencajado el rostro, desorbitados los ojos fijos, fijos, fijos, en los de la rata.

Por fin, madame Debré se estremeció, y miró a su alrededor, como acorralada. Vio el hacha, y la tomó, con mano temblorosa, aunque sin saber bien para qué. Se dio cuenta de que, subconscientemente, estaba pensando en matar a la rata, y, naturalmente a las crías... ¿Cuántas debía haber? Por lo menos, media docena...

La rata seguía mirándola. No la perdía de vista ni un segundo, pero, claro, no podía comprender lo que significaba el hacha en sus manos. No podía comprender esto.

Tampoco parecía muy asustada... ¿O lo estaba?

Madame Debré no podía saber esto. No podía saber nada, porque los ojos de la rata madre eran como dos bolitas de negro cristal que nada expresaban. ¿Qué podía expresar una rata con los ojos? Nada. Absolutamente nada. Madame Debré comenzó a sentirse fascinada. Sí, ésa era la palabra: fascinada. Miraba aquellos ojos redondos y quietos como si fuesen algo especial, quizá un par de pequeñas pantallas apagadas en las que de pronto

pudiese aparecer algo, una expresión, una imagen, una idea... Estaba absolutamente fascinada.

Y de pronto, se dio cuenta de que en realidad no tenía miedo. Esto la sorprendió. Por lo general, todas las personas tienen miedo de las ratas. Un miedo instintivo, quizá provocado por la repulsión. Y en especial, es clásica la reacción de una mujer ante una rata: le entra pánico.

Claudine se encontró sonriendo ante la idea. En su vida" había leído muchas historietas y chistes basados en el miedo de las mujeres hacia las ratas y ratones. Cuando ven uno de estos animalitos, lanzan un grito espeluznante, se suben a una silla y piden socorro... Esta era una imagen que todo el mundo aprende desde niño: esa tragicómica reacción de una mujer ante las ratas y ratones.

«Sin embargo —pensó—, yo no tengo miedo... Realmente, no tengo ni pizca de miedo.»

Dejó el hacha, y se sentó en el suelo, junto a la caja en cuyo fondo estaba la rata con sus crías. Su cabeza quedó por encima del borde de la caja, de modo que pudo seguir contemplándola a sus anchas. Tranquila, muy tranquila. A decir verdad, entretenida.

—¿Y se puede saber —preguntó en voz alta—, quién te ha autorizado a venir a mi casa a parir, amiguita? Que yo recuerde, no te he invitado, ¿verdad?

La rata se encogió más en el rincón de la caja al oír su voz. Eso fue todo. Las crías seguían alimentándose. Una de ellas cayó de lado, y comenzó a bullir torpemente, ciega, desorientada, en busca de lo perdido... Madame Debré alzó una mano, y comenzó a introducirla en la caja, pero se detuvo en seco. Santo cielo..., ¿se había propuesto ayudar a la ratita? ¡Un animalito tan absolutamente repugnante!

Pero además, de pronto, los ojos de la rata madre parecían haberse encendido, de modo que Claudine retiró vivamente la mano, súbitamente pálida ante la idea de que la rata la mordiese, y ella contrajera la rabia. Esto era horrible: decían que uno se volvía loco, que se le hinchaba el vientre, que... Se estremeció, mientras la rata madre se las arreglaba para recuperar a su cría bajo su amparo.

Era una rata gris muy sucia, y olía mal sin duda alguna. Olía a cloacas, claro. Una cosa son los ratoncitos caseros, y otra cosa, las ratas. Son muy diferentes. Aquella rata era grande, no tanto como dicen, pero sí bastante impresionante. Parecía una bola de piel, pero seguramente una vez estirado el cuerpo no sería mucho más pequeña que un gato de cuatro o cinco meses. Esto es, un tamaño más bien espantoso.

«Quizá no siento miedo precisamente por su tamaño —pensó madame Debré—. Lo que pasa con los ratoncitos es que son tan pequeños y vivarachos que una teme encontrarles en cualquier parte del cuerpo, trepando por él... Son incontrolables. En cambio, esta rata no podría hacer eso. Es demasiado grande, se ve en seguida, y se la puede alcanzar fácilmente de un manotazo.

Claro que si antes te muerde... El mordisco es lo de menos, aunque dicen que tienen los dientes cortantes como hojas de afeitar. La rabia es lo terrible... Creo que si me mordiese una rata preferida morir en seguida, en seguida.»

Ciertamente, la rabia era una enfermedad tan terrible que no se podía desear a nadie, porque...

¿Nadie?

Los pensamientos de Claudine Debré quedaron bloqueados en su mente.

¿A nadie?

Realmente..., ¿a nadie?

Parpadeó y volvió a ver a la rata. Durante unos segundos no la había estado viendo. Sus ojos habían estado fijos en la rata, desde luego, pero no habían llevado la imagen al cerebro bloqueado por visiones interiores.

Unas visiones atroces, pero que a ella le produjeron un cálido estremecimiento. Sí: había sido un estremecimiento cálido, de satisfacción, de alegría... En aquellos pocos segundos, en su mente había aparecido la imagen de Monique. Monique entraba en la casa, luego subía al desván... Entraba en el desván, y buscaba algo. Algo que ella misma le había pedido: ¿por favor, Monique, serías tan amable de bajarme tal cosa del desván? Sí, Monique entraba allí, buscaba aquella cosa, la que fuese, y la rata la mordía.,. Monique lanzaba un grito desgarrador de miedo, de terror, y salía corriendo. Bajaba las escaleras ya medio muerta de pánico. Claro, habrían de llevarla al médico, o a un hospital... Pero la rabia ya estaría dentro de ella.

La rabia dentro de ella...

La vio retorciéndose de dolor, echando espuma por la boca, con los ojos vidriosos, el rostro deformado en una mueca espantosa, gritando, aullando como una maldita perra... Gritaría, y gritaría, sin parar hasta que muriese, por fin, en medio de horribles sufrimientos. Seguramente, antes se volvería loca... y, por cierto, su última imagen no sería la que un hombre pudiese amar ni seguir amando en lo sucesivo. Claude pensaría siempre en ella como en una especie de monstruo repugnante, horrible... La olvidaría pronto.

Y Monique habría desaparecido de sus vidas. Para siempre.

—Para siempre —dijo en voz alta Claudine Debré.

La rata volvió a encogerse, siempre fijos en ella sus ojos, y madame Debré le sonrió tiernamente, igual que se podría sonreír contemplando a un niño en su cuna.

—No te vayas —dijo Claudine—. No te vayas a marchar ahora de mi casa, Chérie... Eso es: te llamaré «Chérie».

Se puso en pie, recogió el raticida, apagó la luz y salió del desván. Bajó a la cocina y tiró el raticida a la basura...

Luego, fue a sentarse en el sofá, y durante más de dos horas estuvo allí inmóvil, con los ojos quietos, tan inexpresivos como los de la repugnante mamá del desván.

Aquella tarde Claudine Debré regresó a su casa un poco decepcionada. A decir verdad, bastante.

Había estado, en una biblioteca pública, y allá en el gran diccionario enciclopédico Marsé, había buscado las palabras que le interesaban. Las dos palabras estaban en la misma letra, y hasta en el mismo tomo del gran diccionario. Tales palabras eran Rata y Rabia.

Sentada en la silenciosa sala confortablemente caldeada, madame Debré había dedicado su buena hora para copiar, más o menos resumido, lo que había leído sobre tales palabras. Era esto:

RABIA: Enfermedad específica de algunos animales que la pueden transmitir a otros o al mismo hombre por mordedura, al inocularles el virus que transportan en la baba o la saliva. Generalmente, esta enfermedad se encuentra en perros, lobos y gatos, y su virus no se conoce definitivamente, si bien los últimos adelantos científicos al respecto son considerables; por el momento, dicho virus está considerado como filtrable y ultramicroscópico, y su período de incubación oscila entre uno y seis meses. La mordedura de un animal rabioso llega a curar generalmente, pero después de la incubación comienzan a aparecer los síntomas que se manifiestan en primer lugar por dolor o irritación en el punto mordido y el paciente comienza a sentir trastornos, derivando su estado de ánimo hacia la tristeza y la depresión o por el contrario, se torna profundamente irritable. Se eleva su temperatura, la voz se torna algo ronca, después es presa de espasmos musculares muy dolorosos que afectan a la respiración y a la deglución. Debido a esto, los antiguos llamaron hidrofobia a la rabia porque estas dificultades de deglución se tomaron erróneamente por aversión al agua. Después de estos claros síntomas, que van aumentando progresivamente hasta provocar momentos de cianosis en el paciente, éste va llegando a la fase final: sobreviene la parálisis, la temperatura disminuye, llega la pérdida de conocimiento y, finalmente, la muerte por insuficiencia cardíaca. La profilaxis de esta enfermedad está basada en los memorables trabajos de Pasteur, y constituye una considerable defensa para el paciente, si bien no en todos los casos.

Este era el resumen confeccionado por madame Debré sobre la rabia. En verdad, el cuadro que presentaba el paciente no podía ser más horrible. Y, como se decía al final, ni siquiera la admirable labor realizada, por el insigne Pasteur era suficiente en todos los casos para evitar no ya los sufrimientos, sino la muerte misma.

Pero, había un motivo de decepción en estos apuntes, y era que la palabra Rata no aparecía para nada en relación con la rabia. Podía desprenderse de esta explicación que las ratas no provocaban la rabia con su mordedura...

Pero, no dándose por vencida, madame Debré la sumisa y tierna anciana incapaz de matar una rata con sus crías, había recurrido precisamente a la otra palabra:

RATA: Mamífero roedor, de diferentes tamaños, y que puede llegar a alcanzar los cuarenta centímetros desde el hocico a la cola, la cual mide a veces la mitad de la longitud expresada. Cabeza pequeña, cuerpo grueso, patas cortas, orejas tiesas, hocico puntiagudo, cola delgada, y pelaje gris

oscuro. Es un animal voraz, destructor y extraordinariamente fecundo. Nombres de ratas: almizclada, blanca, canguro, de campo, de mar, de montaña, de trigo, de trompa, saltadora..., y de alcantarilla. La rata de alcantarilla tiene el pelaje gris, y gusta de vivir en almacenes, sótanos, lugares poco frecuentados, y, en especial, las alcantarillas (*Rattus Norvegicus*). Se adapta con comodidad a las más diversas circunstancias, lo que unido a ser más fuerte que la rata parda o común, le ha permitido expulsar a ésta de sus inmediaciones, obligándola a residir en los puertos especialmente. La rata de alcantarilla procede de Asia Central, desde la cual invadió el continente en el siglo XVIII. Se la diferencia fácilmente por su cabeza gruesa, hocico romo, orejas cortas, cola gruesa y más corta que el cuerpo y la cabeza reunidos, con numerosos anillos en su escaso pelaje, de color leonado con algunos de color canela y de punta oscura, en el dorso, y blanco grisáceo en el vientre. Es menos ágil que la rata negra, porque los saltos que da son menos poderosos; está considerada como buena nadadora, pero se agota a los pocos minutos de este ejercicio. Es la especie que provoca en el hombre la peste bubónica, a través de sus pulgas cuando éstas pican. Además, con su mordedura produce la fiebre denominada tifus murino.

Es decir, que de la rabia, nada. Entonces..., ¿de dónde había sacado ella que las ratas provocaban la rabia? Desde luego, no se lo había inventado, lo había oído decir siempre...

¿O era peste lo que siempre relacionaba con las raías? Sí, la peste, sí, desde luego, pero también la rabia, estaba segura.

De todos modos..., ¿qué sería aquello del tifus murino? Por supuesto, no podía ser nada bueno, sino más bien asqueroso y terrible. La peste no estaba mal, pero tenía el inconveniente de que podía contraería cualquiera, ya que, claro, las pulgas de las ratas no podían saber que tenían que picar precisamente y únicamente a determinada persona. En cuanto al tifus murino, que no sabía aún si era o no era peor que la peste, era necesario que la rata mordiese. ¿Y cómo podía ella conseguir que «Chérie» mordiese a Monique?

Eso tampoco sería fácil, ya que la primera dificultad estaba en que Monique se dignase visitarla, cosa fuera de toda probabilidad. ¿Y si ella llevase a «Chérie» al apartamento de Claude y Monique? Podía meterla en una cesta, y llevarla allí, soltarla...

Madame Debré movió negativamente la cabeza: tampoco esto parecía demasiado factible. Lo primero que debía tener en cuenta era que quizá la rata mordiese a Claude; eso sería espantoso., Luego, ciertamente, en cuanto Monique viese a «Chérie» en el apartamento se apresuraría a salir a toda prisa, a escapar.

No.

No parecía factible nada de aquello.

Sin embargo, la idea estaba en marcha, y Claudine Debré se resistía a abandonarla.

¡Sería tan hermoso que Monique muriera, y además de uno de aquellos

modos tan horribles...!

—Tengo que pensar —se dijo—. Tengo que pensar extensamente sobre todo esto.

Quizá encuentre solución.

Porque, sabido es, salvo para la muerte, siempre se puede encontrar una solución a todo. O a casi todo.

De cualquier modo una cosa era segura: tenía que cuidar bien a «Chérie» o se moriría de hambre. Sí. Al menos mientras tuviese esperanzas de encontrar una solución debía cuidarla, especialmente considerando que debía alimentar a media docenas de ratitas tan asquerosas o más que la madre.

«Debería llevarle algo de comer», pensó.

Se fue a la cocina, estuvo vacilante entre los diversos alimentos de que disponía, y por fin, pensó en el queso. Decían que el queso les gustaba mucho a los ratones... Claro que

«Chérie» no era un ratón, sino una rata. Una enorme, repugnante, espeluznante rata. Y además, según había copiado ella del diccionario, debía ser muy voraz.

¿Y si le llevase un poco de carne?

Como podía permitirse ese lujo, y considerando que además era una «inversión» con vistas a conseguir un objetivo de la máxima importancia para ella, madame Debré se decidió, en efecto, por la carne. Tomó el pedazo que le quedaba, y subió al desván.

Encendió la luz, entró y cerró la puerta tras ella.

Se fue directa a las cajas, apartó las de encima, y, en efecto, la rata estaba allí. Se quedaron mirándose, como viejas conocidas. Madame Debré comenzaba a sentir admiración por aquellos brillantísimos ojos negros capaces de brillar en la oscuridad, de relucir tan intensamente.

—¿Cómo estás, «Chérie»? —saludó—. ¿Y cómo van las *petites enfants*?

La rata seguía mirándola. Estaba inmóvil, siempre fijos en ella sus ojos. Bajo su cuerpo, las crías recibían el calor, se amontonaban en busca de la vida, de la supervivencia.

—Y bien —sonrió madame Debré—: he aquí una verdadera familia, ¿quién podría dudarlo? Por otra parte, ser madre debe ser tan importante para una rata como para una mujer... ¿Sabes qué tendría que hacer? Matar tus crías, porque sólo me interesas tú. Pero ¿qué haría yo si me matasen a mi Claude? Sería terrible, «Chérie», absolutamente terrible..., de modo que las voy a dejar contigo. Sólo te pido a cambio, que seamos buenas amigas. Y aquí tienes una pequeña muestra de amistad.

Dejó caer la carne dentro de la caja, cerca del hocico de la rata. Esta se limitó a estremecerse, a encogerse una vez más. Parecía a punto de dar un salto de ataque. Madame Debré se retiró un poco y la rata se esponjó.

Durante diez minutos, la anciana estuvo contemplando a la rata, que seguía inmóvil en todo momento. Por fin, madame Debré frunció el ceño.

—¿Eres tímida, quizá? Bueno, pues no voy a molestarte con mi presencia.

Hasta luego, querida.

Volvió hacia las seis de la tarde al desván.

La rata y sus crías seguían allí, en el mismo sitio.

CAPITULO III

Tres días después de su primera visita, madame Mortier volvió a visitar a su amiga madame Debré. Encontró la casa caldeada, un poco más limpia y, lo que era mejor, en un excelente estado de ánimo a su amiga Claudine. La cual, por cierto, tuvo un detalle muy digno de ella, de su amabilidad y educación: había comprado té, naturalmente con el exclusivo propósito de ofrecérselo a ella.

Por si esto fuera poco, la tela escogida por Claudine era en verdad preciosa, alegre, pero, al mismo tiempo, muy adecuada a su edad. En cuanto si vestido, madame Mortier no pudo opinar muy exactamente en aquella primera prueba, pero confiaba en Claudine y, de todos modos, pensaba utilizarlo sólo en la casa si no resultaba tan bonito como esperaba.

Sonriendo, dijo:

—¿Te das cuenta? Estaba segura de que todavía podrías hacerlo, querida.

—¿De verdad te gusta?

—Mujer... Es la primera prueba. No sé cómo quedará, pero espero que lo bastante bien.

—No es un modelo de Dior, recuérdalo.

Se echaron a reír las dos. Madame Mortier estaba encantada y, por supuesto, felicísima de que sus modestas gestiones hubiesen provocado aquel cambio en la vida de su amiga. Una amistad de tantos años puede, en un momento dado, quedar en suspenso, pero nunca perderse definitivamente. No importa lo que pase: los buenos amigos siempre vuelven a encontrarse, siempre se puede confiar en ellos. Si no es así es que nunca fueron buenos amigos...

—Marie —musitó Claudine, dejando su taza de café—. ¿De verdad seguimos siendo amigas?

Madame Mortier la miró asombrada:

—¡Naturalmente, querida!

—¿Tú querrías ayudarme?

—¡Qué pregunta! ¿No lo estoy haciendo, acaso? —Es otra clase de ayuda... Relacionada con mi hijo.

—¿Con Claude? Sabes muy bien que haría cualquier cosa que te ayudase en ese sentido... ¿De qué se trata? ¿Quizá quieres que vaya a verlo?

—A él no. A Monique.

—¿A tu nuera? Bueno... La verdad es que... no es precisamente la persona con la que me gustaría relacionarme, Claudine. Pero si crees que ha de ser para bien de todos...

—A ti tampoco te gusta Monique, ¿verdad?

—En absoluto. Oh, es una muchacha muy bella, encantadora, eso no podemos negarlo. Y tan joven... Yo comprendo muy bien que los hombres la admiren, pero como mujer pienso que no es persona grata. Es orgullosa,

egoísta, un poco necia...

—Una de esas personas que si muriesen no dejarían atrás demasiada pesadumbre, ¿verdad?

—Pues... No por mi parte, te lo aseguro —admitió madame Mortier—. La he tratado muy pocas veces, y ha sido casualmente. Pero esas pocas veces, y lo que me han contado de ella, es suficiente. No comprendo por qué quieres que vaya a verla de tu parte... Tengo la certeza de que no querría saber nada de ti.

—Sin embargo —murmuró madame Debré—, tengo un gran interés en que ella venga a visitarme. Y tendría que ser sin que Claude lo supiese. Ni Claude, ni nadie, en realidad... Sólo puedo confiar en ti. ¿De verdad te desagrada tanto Monique?

—Me desagrada completamente.

Madame Debré se pasó una mano por la boca, apretando los labios, fija su mirada en madame Mortier. De pronto, se puso, en pie, y señaló hacia la cocina.

—Ven, Marie... Quisiera que subieses conmigo al desván un momento.

—¿Al desván?

—Quiero enseñarte una cosa.

Madame Mortier dirigió una mirada a su relojito, torció el gesto..., pero acabó asintiendo con la cabeza, mientras se ponía en pie:

—Está bien. Si es algo que pueda ayudarte, estoy dispuesta a todo: incluso a perder el coche de línea de las siete.

—¿De verdad estarías dispuesta a todo?

—¡Naturalmente!

—Ven.

Subieron las dos al desván. Madame Debré encendió la luz, dejó pasar a su amiga, entró ella, y cerró la puerta, como siempre: bien estaban las ratas en el desván, pero no en la casa. Todo tiene un límite.

Fue hacia las cajas, las apartó, y dijo, sonriendo de un modo que madame Mortier no había visto jamás:

—Lo he pensado muy bien estos días y está decidido: voy a terminar con Monique...

Madame Mortier recibió al mismo tiempo los dos impactos. Uno, el de las palabras de su amiga qué, ciertamente, jamás habría esperado oír en sus labios. Dos, la visión de la rata y sus crías, en la sucia caja de madera. Era una suma demasiado fuerte para ella, y entre el asombro, la repulsión y el terror, pudieron más estos dos últimos condimentos: palideció al ver las ratas, sus ojos se desorbitaron, y de sus crispados labios brotó, incontenible, un agudo chillido, mientras apretaba temblorosamente los puños...

Claudine saltó hacia ella, intentando ponerle una mano en la boca.

—Por Dios, no grites... ¡Marie, no grites! Tú no vas a tener que hacer nada, excepto decirle a Monique...

—¡Suéltame! —Chilló madame Mortier—. ¡Quiero salir de aquí ahora

mismo! ¡Suéltame!

—Por favor, cálmate —comenzaba a asustarse Claudine de la reacción de su amiga—. Cálmate, es sólo una rata, que...

Marie Mortier se soltó de un brusco tirón, dio media vuelta y, despavorida, desencajado el rostro, echó a correr hacia la puerta... Sin tomar las debidas precauciones en un desván. Su frente chocó con la gran fuerza de la marcha contra una de las vigas que sostenían el techo en ángulo, rebotó, cayó de espaldas, y quedó inmóvil. También Claudine Debré quedó inmóvil unos segundos, incapaz de reaccionar, contemplando a su amiga tendida en el suelo. En aquellos pocos segundos, la sangre comenzó a brotar en la brecha de la frente de Marie Mortier, y eso fue lo que hizo reaccionar a Claudine respingando fuertemente.

—¡Marie! —gritó—. ¡Oh, Dios mío...!

Se abalanzó hacia su amiga, se arrodilló a su lado, y le tendió una mano, agitándosela, palmeándosela desesperadamente.

—¡Marie! ¡Marie! ¡Mari...!

Pero Marie Mortier seguía inmóvil, con los ojos cerrados y la boca angustiosamente abierta. En su lívido rostro, la sangre destacaba horriblemente, cayendo hacia el ojo y la sien del mismo lado...

—Dios mío —gimió Claudine—. ¡Dios mío, está muerta!

Se puso bruscamente en pie, contemplando aterrada a su buena amiga, cuya palidez y aspecto, en verdad, no podía sugerir otra cosa que la muerte. Madame Debré no sabía qué hacer, de pronto su mente había quedado en blanco. Pero... ¿qué había pasado, cómo había podido ocurrir aquello?

—Dios bendito —tartamudeó—. ¡Dios bendito!

De pronto, dio la vuelta, corrió hacia la puerta, salió del desván, cerró y se lanzó escaleras abajo. En realidad no sabía, bien lo que hacía pero, por instinto, corría en busca de ayuda de alguien que pudiese pensar con más serenidad que ella...

Las ancianas no deberían subir a los desvanes.

Y, si lo hacen, cuando menos deberían tomarse las cosas con calma en todo momento. Un desván puede ser una gran caja de sorpresas: aparece una viga, un mueble se rompe, una estantería puede caer sobre la cabeza, un inoportuno clavo oxidado puede clavarse en una mano... Y luego, las escaleras. Hay que tener mucho cuidado, generalmente, con las escaleras de un desván cuando la agilidad de las piernas hace tiempo que se perdió.

Madame Debré, en su apresuramiento, tropezó cualquiera sabe cómo y con qué. Lanzó un grito, intentó asirse a la barandilla, a la pared, al aire... Todo inútil. Llegó rodando abajo, y allá se propinó la última contusión, el último golpe con la cabeza, contra el suelo.

Y perdió el conocimiento.

Marie Mortier recobró el conocimiento alrededor de un cuarto de hora más tarde. Simplemente abrió los ojos, vio el techo del desván sostenido por aquellas vigas que se unían en el centro formando ángulo.

Al mismo tiempo, notaba cosas extrañas.

Una de ellas fue como si la estuvieran pinchando en las piernas. La otra, la sensación de que tenía un peso sobre su vientre y pecho.

Alzó la cabeza, dispuesta a incorporarse, para mirarse las piernas, el vientre y el pecho... y entonces vio encima de ella las tres enormes ratas. Tres enormes, repugnantes, espantosas ratas de alcantarilla. Su boca se abrió en un gesto de infinito terror inspirando fuertemente aire, con agudo gemido. Sus desorbitados ojos parecieron saltar hacia sus piernas, por encima de las tres ratas del vientre y pecho, y vio allí... un montón. ¿Diez veinte, cincuenta? Un montón de ratas, que le estaban mordiendo las piernas. En un instante, la cabeza de Marie Mortier describió millones de vueltas, mientras un frío espantoso agarrotaba su cuerpo, paralizaba sus cuerdas vocales... Ni siquiera notaba ya los mordiscos en las piernas, pero estaba viendo allí a las ratas de alcantarilla, comiéndoselas.

Era una idea muy difícil de penetrar en mente alguna. Las ratas se estaban comiendo sus piernas.

Una de las que tenía sobre el pecho, la mordió de pronto, sin que sus afilados dientes tuviesen la menor dificultad en atravesar la tela y llegar a la carne del seno. Cuatro o cinco ratas más subieron sobre el vientre de Marie Mortier y, durante un segundo, hubo una pequeña escaramuza en e! grupo, durante la cual Marie Mortier volvió a recibir cuatro o cinco agudos mordiscos... Su cabeza cayó hacia atrás..., precisamente sobre otra rata, que se escabulló chillando con agudeza de cuerda de violín, mientras otra rata pillada de improviso en las cercanías, pareció que no pudo encontrar otro camino para escapar que pasando sobre el rostro de Marie Mortier, clavando en la rígida y fría carne de la mujer sus uñas.

Pero ni así siquiera pudo reaccionar madame Mortier.

Tendida de cara al pecho, notando los mordiscos en las piernas y en los senos y vientre, su alucinada mente era incapaz de reaccionar. El terror era tal que ya no podía mover ni los párpados. Estaba completamente rígida con las manos crispadas como garras, los ojos poco menos que fuera de las órbitas... Helada completamente, rígida, petrificada, congelada por el más grande terror de su vida.

Otra rata pasó por encima de su cara, y cambió la dirección hacia su garganta, Marie Mortier notó allá el terrible mordisco. Sí, lo notó, pero... era como si la cosa estuviera sucediendo a millones de kilómetros de allí, como si fuese... una pesadilla entrevista en otro lugar, en otro planeta, en otra galaxia... No podía hacer nada. Nada absolutamente. Había olvidado cómo gritar, cómo moverse, cómo pensar. Una rata más quedó sobre su rostro, y Marie notó el mordisco allá donde, al despertar había notado un poco de dolor. En seguida, otro mordisco...

¡Hiiccc, hiiccc, hiiiiiccc...! Oía a su alrededor y encima de ella, y en sus piernas, en su cabeza. Aparecieron más y más ratas. Muchas más ratas...

* * *

Claudine Debré abrió los ojos, parpadeó, y se quedó mirando el suelo, pero sin saber lo que era. Tardó todavía cuatro o cinco segundos en reaccionar. Se sentó, llevándose instintivamente las manos a la cabeza. Al mismo tiempo, notaba el intenso dolor en una rodilla. Y en la espalda.

Su mirada se dirigió hacia la escalera que llevaba al desván, quedó fija allí un instante y, en seguida, en el rostro de la anciana apareció una expresión de sobresalto.

—¡Marie! —exclamó.

Se puso en pie, agarrándose a la barandilla mientras los ojos giraban hacia la puerta del desván.

—¿Y si no estuviese muerta?

En realidad, ella se había asustado demasiado pronto. Ni siquiera le había tomado el pulso a Marie... Simplemente, la había visto tendida, con sangre en la cabeza, y había dado por sentado que había muerto. Sólo que quizá a lo mejor, como ella misma, había perdido el conocimiento debido al golpe o nada más. La única diferencia estribaba en que Marie al darse contra el agudo canto de la viga, se había hecho sangre, y ella no.

Emprendió la ascensión lentamente, soportando el agudo dolor en la rodilla. Cuando llegó arriba, a lo alto de aquel corto tramo de escalones, notaba el fino sudor en su frente. Cada vez le dolía más la rodilla y la espalda. Debía de haberse dado unos fuertes golpes, desde luego.

Por fin, hizo girar la llave en la cerradura, asió el pomo, lo giró y empujó, iniciando el vacilante paso hacia el interior del desván, dirigiendo su mirada hacia donde había visto por última vez a Marie en el suelo.

No pudo verla.

Lo único que vio fue un enorme montón de ratas grandísimas formando una masa gris oscura, rebullendo, empujándose unas a otras, inquietas, emitiendo levísimos chillidos.

Madame Debré quedó petrificada por la sorpresa y el espanto. Lo más atroz de la situación fue lo último que comprendió. Primero, recordó aquel agujero por el cual había entrado sin duda alguna «Chérie» y que, en definitiva, ella no había tapado. Como consecuencia de esto, comprendió que aquellas cien o doscientas ratas habían entrado en el desván también por allí, procedentes de las cloacas, siguiendo la ruta de su compañera recién parida. Luego, vio por debajo del montón de ratas una pierna... o algo parecido. Había un zapato, desde luego, al final de aquellos huesos descarnados.

Sólo cuando comprendió, con espantosa brusquedad, lo que significa aquello que estaba viendo, pudo reaccionar Claudine Debré. Y fue para lanzar un ahogado grito aspirando, tragándoselo, no echándolo fuera de su cuerpo. Pálida como un cadáver, su reacción no pudo ser más instintiva: tiró de la puerta cerrándola, y quedando fuera del desván, en el rellano. Quedó como una estatua, oyendo perfectamente, ahora que sabía que existían, aquellos

chillidos agudos: hiiicccc, hiiicccc...

Como un autómata, incluso olvidando el dolor en su rodilla y en la espalda, madame Debré bajó las escaleras y se dirigió hacia la salita. Allá se dejó caer en el sofá. Vio la taza de café, la tomó, y bebió un sorbo. Estaba frío.

Quizá fue esto lo que, finalmente, la hizo estremecerse. Pensó:

«Las ratas se están comiendo a Marie.»

Lo pensó con toda claridad, con absoluta lucidez. Pero, claro, si se la estaban comiendo era que había muerto. Claro... No podía ser de otro modo: Marie había muerto, y las ratas se la estaban comiendo. Había visto muy bien una de sus piernas ya casi desprovista de carne. Lo había visto perfectamente. ¿Cuántas ratas debía haber allá arriba, en el desván? Cien, doscientas, quizá muchas más, porque las ratas, cuando se agrupan, forman una masa tan reducida, tan compacta, que siempre sorprende la gran cantidad de estos animales que pueden caber en un espacio muy reducido. A lo mejor, hasta había quinientas. O mil.

—No —movió la cabeza—. Mil no. Son demasiadas. Pero trescientas o cuatrocientas, sí. Creo que debo ir a pedir ayuda o avisar a la hija de Marie.

Se puso en pie, fue a la cocina, y se preparó café. Así de sencillo.

«Naturalmente —pensó—, si pido ayuda o aviso a la policía nada va a ocurrirme a mí. Ha sido un accidente, las ratas han subido al desván desde las cloacas... ¿por dónde? Ya verán el agujero. Y no tengo por qué decir que lo conocía. No... No pueden culparme de nada. Y es cierto, la culpa no ha sido mía... Puedo decir que subimos a buscar el maniquí, para bajarlo entre las dos, pues yo lo necesitaba para hacerle el vestido. Ella tropezó con la viga, se cayó, y como yo no podía con ella, pensé en salir de casa, para pedir ayuda. Entonces me caí yo por las escaleras, y cuando me recobré y subí a ver si ella se había recobrado, encontré a las ratas comiéndosela.»

Era perfecto. Y, además, la verdad. Excepto lo de decir que ella desconocía la existencia del agujero y la presencia en el desván de «Chérie» y sus crías, lo demás era todo verdad. Ella no había pretendido hacerle mal alguno a Marie, y mucho menos que las ratas se comieran su cadáver.

—Todo esto es espantoso... Pero no estoy demasiado asustada, ni tan aterrada como debería..., supongo. Quizá yo no sea un ser normal, porque no siento nada. Me apena que haya muerto Marie, ciertamente, pero... no siento nada especial. Y creo que no me he asustado mucho de las ratas.

El café estaba ya listo. Pero de pronto, pensó que no era normal que ella se hubiese dedicado a preparárselo mientras las ratas devoraban a Marie Mortier. Si la policía llegaba a saber tal cosa no sólo se podrían complicar las cosas, sino que la mirarían como a un monstruo.

—Quizá soy un monstruo —se dijo.

Se bebió el café, pensativa. Luego, fue a dejar las cosas tal como habían quedado cuando ella y Marie habían decidido subir al desván.

No iba a visitar a la policía.

—No.

Ni a nadie. A nadie en absoluto. Porque, aunque realmente, nada tenía que temer ya que las cosas habían sucedido fuera de su control, avisar a alguien tenía un gravísimo inconveniente: todo aquel espantoso suceso aparecería en los periódicos. Y entonces ¿cuántas probabilidades le quedarían para convencer a Monique de que la visitase y, además, subiese con ella al desván? Ni una sola. Ni la más remota y diminuta probabilidad Porque si ya, de ordinario, Monique no ponía los pies allí, ¿cómo habría de subir a un desván donde sabría que trescientas ratas habían devorado a una persona?

Ni soñarlo.

Y sin embargo... ¡Sería tan hermoso que Monique subiera a! desván! Ya no hacía falta la rabia, ni la peste, ni el tifus murino... ¿Para qué?

La imagen de Monique tendida en el suelo, cubierta de ratas de alcantarilla, se fue perfilando más y más en la mente de madame Debré, hasta conseguir la nitidez de una auténtica película que sólo ella podía ver. Trescientas o quinientas ratas deambulando por encima de Monique, comiéndosela... ¡Ah, qué bella, bellísima imagen!

Durante no menos de tres horas madame Debré permaneció sentada en el sofá, inmóvil. Ciertamente, la pobre Marie había perdido el coche de línea de las siete para Grosbois... Ya no tomaría ningún coche de línea. No llegaría jamás a su casa.

—Pero no tengo por qué preocuparme: ella no le ha dicho a nadie que viene a verme. Y como hacía años que no nos veíamos, no pensarán en mí de ninguna manera. Nadie sabe que ha venido aquí, ya que ella misma se habrá preocupado de ocultarlo, estoy segura. Todo iba a salir bien.

Fue a la cocina, tomó la escoba, y emprendió la ascensión al desván una vez más. Abrió la puerta con gran cuidado, y como la luz seguía encendida, pudo ver a las ratas. Ya, muy pocas. En realidad, estas últimas debían de estar pasando hambre ya que de Marie Mortimer solamente quedaban los huesos con unos jirones de carne, muy poca cosa. Quedaban los zapatos, pero casi se habían comido todo el vestido y las medias, la ropa interior... La faja, no.

Entró cerró la puerta, y se acercó a las pocas ratas que quedaban. Con intrepidez de heroína, la emprendió a escobazos con ellas, y sonrió cuando las puso en fuga, chillando hacia el agujero, por el cual desaparecieron con la rapidez que sólo puede conseguir una rata acorralada. En pocos segundos, madame Debré quedó sola en el desván. Es decir, con lo que quedaba de Marie Mortier: una faja, un par de zapatos, algunos jirones de ropa... y los huesos poco menos que mondos y lirondos.

Claudine acercó una caja al agujero, y lo tapó. Pero movió negativamente la cabeza. Las ratas podían perfectamente comerse aquella caja, hacer un agujero en la madera, y entrar de nuevo cuando les viniese en gana. Y eso no... Sólo entrarían cuando ella quisiera.

De modo que bajó, salió al jardín, y buscó en éste algo mucho más sólido que la madera. Una maceta, por ejemplo. Una maceta con flores... para un

rincón del desván. Sorprendente, pero nadie tenía por qué verla. Eligió la más grande, la más pesada, y se las arregló perfectamente para subirla. La dejó delante del agujero, y comprendió que para atravesarla, las ratas necesitarían mucho tiempo. Así estaba bien.

Entonces fue hacia las cajas, apartó las de encima, y se quedó mirando a «Chérie», que a su vez la contempló con expresión soñolienta pese a la alarma.

—Ah, querida amiga, estás hartita, ¿verdad? Seguro que tú también has participado en el festín... Pero no te has marchado... Tus hijitos son aún demasiado pequeños para dejarlos solos, ¿no es así? Y, además, sabes que no debes temer nada de mí, aquí estás muy bien... ¿No es cierto, «Chérie»? Duerme, duerme tranquila.

Colocó las cajas en su sitio y se quedó mirando los restos de su buena amiga Marie. Naturalmente, había que sacarlos de allí, y esconderlos en alguna parte. Pero eso no presentaba grandes problemas, ya que había meditado muy bien lo que tenía que hacer.

Lo primero fue separar de los huesos los restos de ropas, y los zapatos. Con todo ello, hizo un montoncito, que bajó a la salita; lo envolvió todo con el abrigo de Marie, en paquetes perfectos, que aseguró con un trozo de cordel. Aquello lo tiraría al Sena desde un puente..., pero sería mejor ponerle algo pesado dentro... Nada comprometedor. Una piedra. Sí, buscaría una piedra.

En cuanto al esqueleto, también tendría que llevárselo de allí, naturalmente. Y por cierto, lo mejor sería tirar los huesos también al Sena. Ah, el Sena... ¡Cuántos secretos a guardado y guardará siempre!

Se fue a su dormitorio y convirtió en pedazos una de las viejas sábanas. No importaba, ya compraría otras. Luego, volvió una vez más al desván dispuesta a envolver los huesos en trozos de tela que, en caso de ser hallada alguna vez, sería por completo inidentificable.

—Así quedará Monique —se dijo.

Los paquetes con los huesos los ató también con cordeles y los bajó a la cocina.

Aquella noche, madame Debré ya no volvió al desván: hasta casi las cuatro de la madrugada estuvo muy ocupada tirando paquetitos al Sena, en sitios diferentes.

Luego, se fue a dormir, agotada pero arrullada por un confortador pensamiento:

«Pobre Monique... ¡Tan bella y tan joven!»

CAPITULO IV

—Eres tan bella...

Monique sonrió al escuchar esto de labios de Héctor. Luego, emitió un gemidito, cuando él la besó en los labios una vez más. Le rodeó el cuello con sus finos bracitos que parecían de seda y así estuvieron mucho rato, besándose, hasta que Héctor inició el movimiento que la alertó.

Se separó rápidamente de él, riendo dulcemente.

—Tengo que irme —susurró.

—Oh, no... Sólo otra vez, querida —protestó él.

—Mañana. Ahora tengo que irme ya, Héctor.

—¿Qué prisa tienes? Solamente son las siete de la tarde. Y la tarde se ha hecho para el amor...

—La tarde ha terminado —rió ella—. Ya es de noche. Y Claude debe estar esperándome.

—Que espere —rió él.

—No, no —ella salió rápidamente de! lecho—. Ya está bien, Héctor.

—Si no fuese por tu apasionado comportamiento, pensaría que has dejado de amarme.

—No digas tonterías. Voy a ducharme.

Héctor Lagaillarde la estuvo mirando hasta que desapareció en el cuarto de baño. Permaneció inmóvil, sonriente, oyendo el rumor del agua... Ciertamente, en París hay oportunidades de todas clases pero encontrar una amiga como Monique no era cosa de todos los días. Era sencillamente deliciosa.

Cuando dejó de oír el rumor de! agua fue hacia el cuarto de baño, y encontró a Monique secándose con la gran toalla. Se miraron y sonrieron ambos.

—Déjame ayudarte —se ofreció él.

Lo hizo. Monique cerró los ojos, y permaneció inmóvil, sonriendo dulcemente mientras él la secaba. No protestó en absoluto cuando volvió a besarla, pero muy pronto se apartó, riendo una vez más.

—Sabía que lo intentarías —dijo—. Pero, por favor, Héctor, es tarde. De verdad.

—Está bien —se resignó él—. Pero no sé por qué vuelves allá. Por lo que me has contado, no vale la pena ni acercarse a tu apartamento.

—Seguramente, tienes razón —ella salió del cuarto de baño, y comenzó a vestirse, pensativa—. Si, tienes razón. La verdad es que no sé por qué lo aguanto.

—Deberías pedir el divorcio.

Monique quedó de nuevo pensativa. ¿Pedir el divorcio? Parecía una solución, ciertamente, pero..., ¿para qué? ¿Para poder volver a casarse? ¿Con qué objeto? Al cabo de un tiempo, todo volvería a ser lo mismo... Aunque su

marido fuese Héctor todo volvería a ser lo mismo. Sabía que más pronto o más tarde, Héctor también dejaría de interesarle. En realidad... Sí, en realidad ya empezaba a dejar de interesarle. Llevaba demasiado tiempo viéndose con él.

Este era un pensamiento nuevo con respecto a Héctor, pero no la sorprendió en absoluto: sabía que tenía que llegar. La vida es demasiado corta para tomársela con excesiva seriedad que conduce, inevitablemente, a la monotonía. Y eso era lo que desesperaba a Monique: la monotonía.

Posiblemente, ella no era una mujer corriente en modo alguno. Casi siempre se sentía impaciente, como si estuviese perdiéndose algo importante... Algo muy importante, que pasaba por su lado, cerca, muy cerca, y que no era capaz de asir. ¿Qué podía ser aquello? Quería mucho de la vida. Pero... ¿Qué era mucho? ¿Y qué era exactamente lo que quería? ¿Podía ser...?

Héctor la sacudió de un brazo. Ella lo miró sobresaltada, y vio su gesto expectante, su ceño fruncido.

—¿Eh...?

—¿No me has oído?

—Perdona... ¿Qué decías?

—Te preguntaba en qué pensabas.

—Ah... Oh, en nada especial... ¡Se está haciendo muy tarde!

Se soltó, acabó de vestirse rápidamente observada por Héctor Lagaillarde y, en seguida, se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió, y envió un besito con un dedo.

—Hasta mañana —sonrió.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, no... Adiós, mi amor.

Salió rápidamente del dormitorio y, segundos después, Héctor Lagaillarde oía cerrarse la puerta del piso... Estuvo unos segundos inmóvil. Luego, fue a ducharse él, se vistió y se dispuso a salir a la calle. Iría a cenar a cualquier parte.

En realidad, no se sentía demasiado disgustado. La amistad con Monique resultaba de lo más cómoda: se veían, ella se iba y él podía seguir viviendo su alegre vida de solterón atractivo y con algunos francos para gastar. No tenía que llevarla al cine o al teatro o a pasear... Ni siquiera a cenar. Sí, en cierto modo, era muy cómodo.

Cuando salió de su piso Héctor Lagaillarde se sentía feliz y optimista.

* * *

Lo vio en seguida y, por supuesto, lo reconoció. Llevaba ya varios días siguiendo a Monique y la había visto con aquel hombre. Minutos antes, había salido Monique, había tomado un taxi...

Ahora, salía él. El de turno.

Los cansados y cándidos ojos de madame Debré estuvieron fijos en Héctor

Lagaillarde hasta que éste dobló la esquina. Entonces se fue hacia allí y volvió a divisarlo, caminando pausadamente, dando un paseo. Llevaba un buen abrigo, desde luego, así que no debía importarle la fría noche parisiense, ni la ligera niebla, la humedad.

«Y parece un hombre muy fuerte —pensó madame Debré, siempre tras los pasos de Lagaillarde—. Es muy alto, y tiene los hombros muy anchos. Debe ser muy, muy fuerte... Pero no importa. Tal como están las cosas, no importa. El tiene su parte en esto... y la cumplirá. Ya que algo se está llevando, tendrá que aportar algo.»

Y es que en los últimos días, a madame Debré se le había presentado un pequeño problema. Un pequeño problema con respecto a sus ratas. Al principio, le había parecido un problema insoluble pero, no sin sorpresa, se había dado cuenta de que era persona de grandes recursos... Por lo menos, estaba segura de haber encontrado la solución a aquel pesado problema que la estaba arruinando: los quinientos francos de Marie Mortier se estaban esfumando con rapidez inquietante.

No perdió de vista a Héctor Lagaillarde más que al doblar las esquinas, y fueron pocas. Por fin, aquel hombre entró en un modesto restaurante. Cuando madame Debré pasó por delante, mirando a través de los cristales, lo vio sentado a una mesa conversando con el camarero.

«Muy bien —pensó—. De modo que vienes aquí a cenar... Ya es la tercera vez que lo haces. Muy bien.

Siguió adelante y poco después llamaba a un taxi. Al demonio el dinero... Sobre todo, teniendo en cuenta que pronto se solucionarían todos sus problemas.

—Place Pereire —indicó.

—Oui, madame.

Poco después, se apeaba en la plaza Pereire, en la esquina con avenue Niel. Y desde allí regresó un poco a pie hacia la rué de Prony. Se detuvo delante del número dieciséis y alzó la mirada hacia las ventanas del segundo piso. Había luz. Monique debía haber llegado, claro. Y posiblemente, también Claude... Al pensar en su hijo, madame Debré sonrió dulcemente, dulcemente... Pronto se le iba a terminar su desdicha. Sí, muy pronto. Quizá al principio Claude se sintiese desdichado pero, madame Debré lo sabía por propia experiencia, la ausencia de los seres queridos, tan dolorosa al principio, se va mitigando con el tiempo...

Madame Debré no se engañaba a sí misma. Sabía que esta vez sería un asesinato. Todo lo extraordinario que se quisiera, pero asesinato al fin, ya que no de otro modo puede llamarse al planteamiento de la muerte de una persona. Mas, por supuesto, le tenía sin cuidado ese detalle.

Sin vacilar, madame Debré entró en el portal del edificio donde vivía su hijo. Las cosas había que hacerlas, así que nada de vacilaciones. Sobre todo, si se querían hacer bien. Y ella, por el momento, las estaba haciendo muy bien. No en vano había pensado muy detenidamente en el modo de enfocar

sus planes. Sería todo como una película... Una película policíaca, en la que, por esta vez, el asesino no sería descubierto.

Un asesinato perfecto en una película perfecta.

* * *

—¿Del cine? —murmuró sombríamente Claude Debré—. ¿Otra vez al cine?

—Ya te lo he dicho, Claude... No te pongas fastidioso.

—Vas al cine casi todos los días, Monique.

—¿Y qué? —ella lo miró agresivamente—. Esa es una de las pocas diversiones que están a mi alcance, ¿no es así? Pero supongo —sonrió con fina ironía— que pronto olvidaré el cine por algo mucho mejor que tú vas a ofrecerme: por ejemplo, un yate para dar la vuelta al mundo.

Claude Debré palideció aún más.

—¿A qué cine has ido?

—¿Qué importa eso?

—¿Qué has visto?

—¡Déjame en paz, Claude!

Decidió dar por terminada la discusión que ya se estaba poniendo en verdad machacona, pesada, vulgar, rutinaria..., como todos los días, Se fue a la cocina, y frunció el ceño al verla tan pequeña... ¿Quería quizá una cocina más grande? ¿Un hermoso piso en el boulevard Saint-Michel? ¿Y realmente quería un yate? ¿O quería un palacio y una cuenta corriente con cientos de millones de francos? Era horrible, verdaderamente horrible no saber ni siquiera lo que quería y sentir siempre aquella impaciencia, aquel aburrimiento total... Incluso por Héctor. Sí, la verdad era que ya empezaba a aburrirse de Héctor Lagaillarde...

Claude apareció en la cocina, y la agarró de un brazo, rudamente, volviéndola hacia él.

—Sé que no has estado en el cine —jadeó—. Nunca vas al cine, siempre mientes...

—Me estás haciendo daño, salvaje —protestó ella.

—¿Con quién has estado esta vez?

—¡Suéltame!

Se desasió de un tirón y fue a otro punto de la cocina. Claude Debré la estaba mirando fijamente, lo sabía, pero aparentó ignorarlo. Ignorarlo incluso él. Estaba ya harta de aquellas escenas. Cualquier noche no volvería. Sabía que la idea era buena, pero bastante incómoda. Si no volvía allí ¿adónde iría? ¿A un hotel? ¿O quizá alquilaría un pequeño apartamento barato? Ah, no... Eso no, desde luego...

Respingó al volver a notar en su brazo la fuerte mano de su marido y se volvió, airada. Pero Claude Debré tenía una expresión que la dejó muda de espanto. Cierto que estaba pálido, desencajado el rostro, pero había en sus

ojos una expresión que provocó no poca inquietud en Monique. Una expresión ardiente, feroz, rabiosa.

—Claude.,.—gimió—. Claude, me haces daño...

—Te voy a matar —jadeó de nuevo—. Maldita sea mi alma, te voy a matar, Monique...

Ella abrió la boca, pero no pudo decir nada. El miedo se lo impidió. Claude había puesto sus grandes manos en su garganta y apretó, de pronto. Monique lo miraba muda de horror; veía aquel bello rostro alterado, desencajado, destacando mucho las venas en las sienes, turbia la mirada, apretada la boca... Y también sus dedos apretaban, con una fuerza terrible, invencible. Monique oyó un zumbido dentro de su cabeza que dio un millar de vueltas en un instante. Intentó gritar, pero ahora no podía porque las manos de Claude se lo impedían con toda efectividad. No podía emitir el menor sonido.

Un miedo de locura se apoderó de ella. Con los ojos desorbitados veía ante ella a Claude, crispado el rostro con aquella mueca satánica. Horrorizada, comprendió que él había perdido el control, por fin. Tantas mentiras, tantos engaños... Y Claude tenía que saberlo o, al menos, sospechar la verdad. No podía ser tan tonto, ni tan tolerante. ¡Y la estaba matando! Notaba ya una especie de silbido continuo en la cabeza, le latían con fuerza las sienes. Intentó desprenderse de aquellas manos, pero supo en el acto que jamás lo conseguiría. Hiciera ella lo que hiciera, nunca podría desprenderse de aquella terrible fuerza que le estaba quitando la vida, que la estaba hundiendo en...

¡Riiiiiinnnnnnggg!, oyó muy lejano, como en un sueño lleno de oscuridad completa.

Y, al instante, la presión en su cuello cedió. Una tromba de aire entró en sus pulmones, aspirada ansiosamente. Notó la sacudida de su cuerpo, y supo que se había hecho daño en alguna parte, pero no supo dónde, ni cómo. Sacudió la cabeza, y la visión se aclaró. Vio ante ella los pantalones de Claude... Estaba caída de rodillas, vencida hacia delante, con las manos apoyadas en el suelo... Volvió a sacudir la cabeza, y la visión se aclaró aún más. Hizo intención de ponerse en pie, pero la cabeza le dio vueltas, y habría caído de lado si Claude no la hubiera sujetado por un brazo. La ayudó a ponerse en pie. Ella le miraba con los ojos desorbitados, respirando afanosamente, encogiéndose a la vez...

¡Riiiinnnngggg!

En el rostro de Claude ya no había aquella expresión satánica. Estaba más pálido que nunca, y parecía asustado... Terriblemente asustado. De pronto, sus mandíbulas comenzaron a temblar violentamente.

—Monique —sollozó—. Monique, mi vida... Oh, Dios mío, me he vuelto loco... Perdóname, perdóname, perdóname...

La abrazó con aquella sorprendente fuerza recién descubierta por Monique, que parecía un muñeco de paja en sus brazos. Se encontró con la mejilla pegada al pecho de él, oyendo el fortísimo latido de su corazón. Notó la mano de Claude acariciándola, pasando por sus cabellos, por su cuello. A Monique

le dolían los ojos y el cuello, pero ya estaba respirando bien, notaba cómo desaparecía aquella extraña presión en su rostro de segundos antes, que le había producido la impresión de que su cabeza era una bolsa que se estaba llenando de algo en exceso, como si toda la piel, la carne, toda la cabeza, fuese a estallar...

—Monique, mi vida... ¡Te amo tanto! He estado loco... Loco de celos, de rabia... ¡Te amo, te amo, te amo, te...!

¡Riiiinnnngggg!

Claude se calló. Durante unos segundos no se oyó nada salvo su respiración, todavía jadeante. Monique tenía miedo de respirar, incluso. En su mente había un solo pensamiento: la persona que estaba tocando al timbre acababa de salvarle 1a vida.

—Están llamando... —consiguió articular.

—No importa, no vamos a abrir, sea quien sea... Monique, mi vida, te lo suplico, perdóname.

Ella se apartó de él, que se quedó mirándola con expresión de perro apaleada.

—Hay... hay que abrir...

Salió de la cocina, con paso incierto. Claude se quedó inmóvil un instante, pero en seguida fue tras ella, tomándola de un brazo.

—No abras —suplicó—. No abras ahora. Tenemos que hablar nosotros, tenemos que... que solucionar lo nuestro... Nada nos importa lo que tenga que decirnos quien sea...

Habían seguido caminando hacia la puerta, ella tirando de él sin darse cuenta, él suplicando... Se detuvieron delante, y quedaron inmóviles, mirándose. El timbre volvió a sonar, y ahora, además, oyendo la voz:

—Abrid, soy yo... ¿Estás ahí, Claude? He visto luz en las ventanas, sé que estáis ahí... ¿Me oyes, Monique? ¿Eres tú? Tengo algo importante que decirte... ¡Abre!

Ellos dos seguían mirándose. No necesitaban decir nada: era Claudine, la madre de Claude. ¿Algo importante...? Claude movió negativamente la cabeza, y ella se sentía incapaz de moverse. Nunca había querido ni ver a su suegra... ¿Por qué hacerlo ahora? Además, ¿qué podía tener que decirle a ella aquella vieja estúpida? Por su parte, Claude Debré habría abierto, pero estaba viendo las huellas de sus dedos en la garganta de Monique, cada vez más claramente señalados, con grandes manchas rojizas. Y Ella estaba demudada... No. No iban a abrir.

—¿Monique? —Insistió afuera madame Debré—. Abre... No importa que no esté Claude: quiero hablar contigo.

Claude Debré volvió a mover negativamente la cabeza. No estaban en condiciones de recibir a nadie... Ni siquiera a su propia madre.

* * *

Afuera, madame Debré esperaba cada vez más impaciente. Desde luego, si Claude no estaba todavía era mejor para sus planes. Si Claude se hallaba en casa, el proyecto era mirar de un modo especial a Monique, intrigándola, haciéndole comprender que había algo importante que debía decirle. Y luego, marcharse sin habérselo dicho, siempre de acuerdo a sus planes. Y si Claude no estaba en casa, también estaba previsto el modo de obrar. Lo importante era poner a Monique camino de su muerte, ya tan próxima.

Madame Debré sacudió sus pensamientos y se quedó mirando hoscamente la puerta.

¿Monique no quería abrirle? Muy bien: mejor, en realidad, puesto que había lanzado la intriga. Una mujer es incapaz de permanecer mucho tiempo ignorando lo que otra ha querido decirle...

Dio media vuelta y emprendió el descenso. Poco después, salía a la calle, y se alejó, rué de Prony abajo, hacia boulevard de Corucelles... Pero, todavía no había llegado allí cuando se detuvo en seco: allá estaba el coche de Claude.

Se volvió hacia la casa.

«Entonces..., ¿estás en casa, Claude, hijo mío? —Pensó con un estremecimiento—. Estás en casa... ¿y no has querido abrirle a tu madre la puerta? ¿Hasta eso ha conseguido esa mujer?»

Volvió a estremecerse, mientras notaba aquel mordisco de odio en sus entrañas. Aquel mordisco feroz, espantoso, que cada vez era más fuerte, como si todas sus vísceras fuesen arrancadas a la vez por ferocísima dentellada...

—Muy bien... Muy bien, Monique.

Apretó los labios, y se alejó. Si alguna duda le quedaba la propia Monique acababa de decidirla. Completamente, y madame Debré apretó el paso, porque tenía que atender a sus ratas.

* * *

Dejó los despojos de carne en el suelo del desván, y casi en seguida vio aparecer a

«Chérie». Naturalmente, había olido la carne ensangrentada... Tenía que comprar carne de inferior calidad, y lo hacía muy lejos de su casa, al extremo sur de París, diciendo que era para unos perros; allá se lo tenían que creer, porque no la conocían. Y, por cierto, a nadie podía sorprender que una anciana tan modosita y educada; de mirada tan afable, tuviese un par de perritos o quizá más. Por otro lado, no compraba tampoco nunca en la misma carnicería, sino que iba arriba y abajo, siempre cambiando. Lo cual tenía ya agotada a madame Debré. Tenía que comprar la carne y traerla a casa desde otro extremo de París. Y a pie porque no se atrevía a ir en el metro, y no podía ya tomar taxis, pues el dinero se le estaba terminando. Cierto que compraba de la carne más barata, pero aun así, los francos iban volando...

Valía la pena, sin embargo.

Estuvo mirando a «Chérie», mientras la rata comía ya delante de ella sin

empacho alguno.

—Posiblemente, hasta las ratas son capaces de comprender una amistad o, cuando menos, una conveniencia. Hasta las ratas... Pero Monique no.

«Chérie» no dejaba de mirarla, eso desde luego. Mantenía siempre fijos en ella sus ojos negros, redondos como bolitas perfectas, mientras sus afilados dientes desgarraban, cortaban la carne ávidamente. Y mientras «Chérie» comía, en el desván se oían los quejidos de las otras ratas, hambrientas, esperando su turno. Eran unos quejidos lastimosos en verdad. Sólo había que acostumbrarse a ellos y casi podían parecer los de unos niños...

Los oía procedentes del agujero tapado con la pesada maceta. Por supuesto que olían la carne, la sangre, y acudían seguramente cada vez en más cantidad. Al llegar ante la maceta tenían que detenerse, pero seguían oliendo la carne, y la pedían... Querían su parte. La parte a que madame Debré había estado acostumbrando durante aquellos días a sus ratas.

Primero, dejaba comer a «Chérie» hasta hartarse, mientras ella contemplaba a sus crías, que ya tenían un aspecto de auténticas ratas... ¡Pero tan chiquitas...! Y no eran seis, sino siete... Las miraba cada día, y sonreía al contemplar su buen aspecto. Claro; por algo la madre estaba tan bien alimentada, con carne que debía parecerle lo más exquisito del mundo... De comer basuras a carne fresca y en absoluto dura o de poca calidad para ella, había una diferencia grandiosa.

Sí. Primero dejaba comer a su inquilina fija del desván, y cuando ésta volvía con sus crías a la caja, madame Debré quitaba la maceta, y corría rápidamente hacia la puerta. Salía a toda prisa, ya viendo entrar las primeras ratas, que se abalanzaban hacia la carne. Naturalmente, salía del desván, y cerraba la puerta. Pero se las había ingeniado para contemplar a las ratas, practicando un agujerito en la puerta, a la altura de sus rodillas. Se sentaba allí, acercaba un ojo al agujerito, y estaba contemplando a las voraces ratas mientras devoraban lo que había dejado «Chérie». Poca cosa, porque además, madame Debré no podía gastarse demasiado dinero, y cada vez menos. Así que aquellas hambrientas ratas no tenían ni para empezar, como suele decirse. Llegaban, se comían lo que quedaba y, luego, tras husmear en vano en busca de algo más, se iban marchando, de vuelta a sus cloacas, en busca de basuras, al menos.

Pero sabían muy bien que cada día, a determinada hora, que al parecer calculaban matemáticamente, allá había siempre algo que comer. Poco o mucho, había algo.

—Pronto tendréis un gran banquete —sonrió madame Debré, mirando por el agujerito.

A veces, apagaba la luz. Entonces, veía solamente pares de puntitos luminosos desplazándose velozmente de un lado a otro y, si contenía la respiración, oía sus pisadas, el arañar de sus uñas en las maderas o en el piso...

Era fascinante.

En aquella oscuridad los puntitos luminosos resultaban fascinantes. Y el ruidito de sus uñas. Y sus chillidos contenidos, sus riñas... Verlas bien, con la luz de la bombilla, era interesante. A madame Debré ya no le causaban las ratas repugnancia alguna; para ella, eran simples seres que vivían su propia vida. Y había llegado a la conclusión de que tenían derecho a vivirla... ¿Por qué no? Formaban grupos, familias, seguramente clanes... Tenían hijos igual que otros muchos seres de la creación... ¿Por qué habían de ser consideradas diferentes? ¿Porque podían provocar la rabia, o la peste, el tifus murino...?

Bueno. ¿Acaso el hombre y la mujer no se transmiten también enfermedades unos a otros? Ahí estaba la sífilis, por ejemplo. Y la epilepsia, y el cólera, y la sarna, y... Y el cáncer, y la lepra, y... ¡Cuántos «y»...! A decir verdad, madame Debré estaba llegando a la conclusión de que el hombre es, precisamente, el animal que más enfermedades tiene y más enfermedades puede transmitir. Porque..., ¿acaso no es la sífilis hereditaria, con muchas probabilidades? Esa como ejemplo, porque hay muchas. En cambio, a ningún hombre que tuviese sífilis se le mataba. Desde luego, ésta se evidenciaba en los análisis de sangre, y entonces se le negaba el estado matrimonial... Bueno; ¿pero le impedía eso a un hombre tener hijos?

¿Por qué ese odio obsesivo hacia las ratas? al fin y al cabo, si vivían en las cloacas, era porque el hombre no les dejaba otro lugar para vivir. Y a lo mejor si no viviesen en cloacas no transmitirían enfermedad alguna. Ahí estaban los chinos que, según había oído o leído alguna vez en alguna parte madame Debré, criaban ratas.

CAPITULO V

—No es tu opinión la que cuenta, en realidad, Héctor —murmuró Monique —, Creí que lo comprenderías.

—Desde luego —tenía fruncido el ceño Héctor Lagaillarde—, no voy a pretender que debas respetar mis opiniones de un modo absoluto, Monique. Está bien claro que no tengo derecho a tanto... Pero creo que una explicación dejaría las cosas un poco más... comprensibles.

—No hay tampoco explicación —negó ella.

—O sea que, sencillamente, hemos terminado. Bueno —acabó por sonreír Héctor—. Los dos sabemos que esto tenía que llegar de todos modos, un día u otro, claro. Te seré sincero: lo siento.

—Eres muy amable —sonrió desganadamente Monique.

—Oh, vamos... Tú eres una hermosa mujer que ha compartido mi amor, y eso no es poca cosa, supongo. No puedo tener hacia ti otra cosa que simpatía y gratitud.

—Gracias... Gracias, Héctor. De verdad te agradezco tu actitud y tus palabras. Y ahora...

—¡Cómo! ¿Te vas ya?

—Sí, claro.

—Pero..., ¿sin despedida? ¿Sin una última vez?

—Quiero llegar pronto a casa. Lo cierto es que Claude ya debe de estar allí...

—¿Desde cuándo te importa tanto eso?

Monique Debré tragó saliva. Esa era una buena pregunta. ¿Desde cuándo? Bueno, pues desde que había visto la muerte tan cerca de ella que ahora, cada segundo de vida le parecía... algo insólito, un regio regalo. Estaba asustada, eso era todo. La noche anterior, después de haber estado a punto de estrangularla, Claude la había amado con una desesperación desconocida, y ella, entonces, creyó que le estaba correspondiendo, que algo había cambiado en ella, en sus sentimientos hacia Claude.

Pero no.

No era esto, en realidad, sino un miedo profundo que la había estado estremeciendo durante todo el día y durante la noche, mientras Claude dormía a su lado. Aquellos segundos durante los cuales lo había visto todo negro, le había parecido que la vida salía de su cuerpo, sería un terrorífico recuerdo para siempre. Y no quería volver a pasar por lo mismo. Lo que ella quería era marcharse de París, ya que no amaba a Claude. Pero, desde luego, no se iba a quedar cerca de él, ni se complicaría la vida mientras él pudiera aparecer. Lo tendría engañado unos días, o unas semanas, y luego, desaparecería... Francia es grande, y el mundo todavía más grande...

—Pareces... asustada —oyó decir a Héctor.

El la estaba mirando con fijeza, intrigado, expectante.

—Sólo un poco arrepentida —intentó sonreír.

Héctor lanzó una carcajada, y la atrajo de pronto hacia él.

—¡Vamos...! —exclamó—. No creo que lo hayas pasado tan mal conmigo...

* * *

Muy cerca de allí, madame Debré recurrió a un teléfono público para hacer una llamada.

Y, naturalmente, le contestó la voz de su hijo ya que Monique no estaba en casa, ella lo sabía muy bien... Estaba con el tal Héctor Lagaillarde, arriba, en su apartamento...

—Diga... ¿Diga?

—Oh, Claude, eres tú...

—Mamá... ¿Qué ocurre?

—Nada. Nada importante... ¿Está Monique?

—No... pero volverá pronto. ¿Quieres algún recado para ella?

—Nooo... No, no. Ya volveré a llamar si tengo ocasión.

—Mamá, perdona que no haya ido a verte estas últimas semanas. Tengo ahora mucho trabajo, y...

—Hijo querido, no debes preocuparte por eso. Comprendo que estés ocupado...

—Mañana mismo iré...

—No, no. Yo pasaré por ahí si te parece bien. Es que... no estoy mucho en casa ahora, he... he encontrado un pequeño trabajo, y... y tengo que atenderlo...

—¿Un trabajo? —se tensó la voz de Claude.

—Sí... Claro.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Madame Debré habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando o sintiendo su hijo, por ver su expresión.

—Bien... No te preocupes, ya verás cómo todo se arregla bien, finalmente.

—Si tú lo dices así será. Oh, se está terminando el tiempo... Adiós, Claude.

—Adiós, mamá... ¡Espera! ¿Qué tengo que decirle a Monique? ¿Qué...?

—Ya volveré a llamar cuando pueda. Adiós, hijo.

Colgó rápidamente, y sonrió. Ah, querido niño, querido niño, ¡qué pronto tu madre va a resolver todos tus problemas! Puede que sufras al principio pero luego pasará, volverás a ser un hombre, volverás a ser mi Claude, mi hijo...

Hermosos pensamientos los de madame Debré... en esta ocasión.

Volvió a su observatorio delante de la casa donde tenía Héctor Lagaillarde su apartamento, y respingó al ver a Monique alejándose ya de allí. Atónita, la estuvo siguiendo con la mirada hasta que dobló la esquina. Sí, era ella, seguro. Pero... ¿qué ocurriría para que saliese tan pronto? Los otros días había estado por lo menos un par de horas...

Estuvo tentada de seguirla, pero desistió de ello al ver salir a Héctor

Lagaillarde, con gesto un tanto adusto.

«Algo ha pasado —pensó Claudine Debré—. Algo ha pasado entre ellos, desde luego. Quizá hayan terminado... Sí, podría ser eso. Pero... ¿y qué? Ella empezará con otro, mañana o pasado... No tardará mucho. En cuanto a él... ha tenido lo que no es suyo: ahora le toca pagar.»

Se colocó tras los pasos de Héctor Lagaillarde. Primero, Lagaillarde estuvo paseando, llegando a pie hasta los Campos Elíseos nada menos. Luego regresó, ya oscuro el día, por el Puente de los Inválidos. En una tienda de grandes escaparates, entró a comprar algo, y madame Debré le estuvo mirando a través del cristal, siempre muy discretamente. Compró un disco, un *long-play*. Con él bajo el brazo, Lagaillarde volvió a la calle y, sin prisas, continuó el regreso hacia su domicilio.

Pero no.

No. Primero estuvo en el mismo restaurante de las otras noches, cenando. Y ya debían de ser cerca de las ocho cuando, con gesto entre enfurruñado y fastidioso, emprendió el definitivo regreso a su apartamento..., dejando en la calle a una muy cavilante madame Debré.

—¿Qué habrá pasado?

* * *

«En realidad —pensaba Héctor Lagaillarde—, no me importa demasiado, pero estoy intrigado... De todos modos, debo admitir que ha sido una lástima. Todo iba tan bien... Por supuesto que es una mujer encantadora, pero... imagino que deben de quedar otras muchas en París.

Acabó por encoger los hombros, y se dedicó a colocar su recién comprado disco en el formidable HI-FI. Debía tener mucho cuidado con la elección de su música. A veces, una elección acertada, una música oportuna, abría los brazos de una mujer.

Sonriendo mientras escuchaba la suave música de tono romántico, Lagaillarde fue a prepararse un whisky...

Y entonces sonó el teléfono.

Se volvió con sobresalto hacia el aparato, y lo estuvo contemplando mientras sonaba, sonaba... Acabó de servirse el whisky, y con el vaso en una mano se acercó, descolgado el auricular con la otra, mientras bebía un sorbo...

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, en efecto, soy yo.

—...

—¿Cómo? —se enderezó sorprendido.

—¿...?

—Sí... Sí, sí, por supuesto que la conozco, madame. Pero no entiendo... La he visto hace poco, y... ¿Quién es usted?

—...

—Oh, ya —sonrió Lagaillarde— una amiga de Monique... Bueno, me parece muy bien. Ya le digo que sí, que conozco a Monique que la he visto hace poco, así que... me sorprende que usted...

—...

—Ah. Vaya —rió—. ¡Me encantan los misterios, se lo aseguro! Pero, adelante: ¿cuál es el recado que debe darme de parte de Monique?

—...

—¿Me lo dirá ella misma? Pues tanto mejor... Celebro que haya recapacitado. Y espero que no haya ocurrido algo que...

—...

—Me alegro. Bien, dígame dónde está ella.

—...

—Oh. Sorprendente. Estará allá a las diez... Bueno, ya me di cuenta de que algo estaba pasando. Dígale a Monique que puede contar conmigo, desde luego. Es decir, con la debida discreción y siempre que no intervenga el marido, usted entiende.

—...

—Estupendo. Dígame la dirección, por favor.

—...

—No, no la anoto: tengo muy buena memoria.

—¿...?

—Sí, sí, a las diez. Adiós, madame... Y gracias. ¿Qué?

—...

—¡Madame! ¡Por supuesto que seré discretísimo! Puede estar segura de que nadie me verá acercarme a ese lugar. Adiós...

Todavía, sonriendo, Héctor Lagaillarde depositó el auricular en la horquilla. Pero luego, poco a poco, su sonrisa se fue esfumando... hasta que quedó con el ceño fruncido, preocupado el gesto. Sí, era bien extraño el comportamiento de Monique pero, claro, él ya había comprendido que algo extraño ocurría.

Mientras terminaba el whisky, Héctor Lagaillarde estuvo reflexionando y, varias veces, el pensamiento de no acudir a la cita pasó por su mente. No le gustaban las complicaciones. Una aventura tiene que ser simple, sencilla, sin más. Cuando las cosas empiezan a liarse, malo. A fin de cuentas: ¿Qué le importaba a él realmente Monique?

Acabó por encoger los hombros y sonreír.

—Bueno —se dijo—, es demasiado hermosa para tomar decisiones con tanta indiferencia. Y por otra parte..., ¿qué puedo perder yendo allí?

CAPITULO VI

Madame Debré lo vio llegar, a pie. Y ciertamente que lo hizo con gran discreción... Seguro que había llegado hasta muy cerca en taxi, pero luego lo había despedido a prudente distancia de la dirección que le había facilitado por teléfono.

Era muy alto, muy fuerte, sólido, amplio de espaldas. Un auténtico atleta, hermoso, varonil... No sólo Monique, sino cualquier mujer podía iniciar toda una serie de sueños más o menos románticos con un hombre como Héctor Lagaillarde.

Y era discreto. Discretísimo.

Lo vio pasar delante de la casa, mirando con indiferencia. Lo perdió de vista. Luego Lagaillarde volvió a pasar, ahora mirando a todos lados como queriendo asegurarse de que no había curiosos que pudiesen tomar nota de su visita a aquella casa. Y por fin, el guapo caballero cruzó rápidamente el pequeño jardín delantero, y madame Debré oyó el timbre de llamada.

Para entonces, se había apartado ya de la ventana, y por supuesto, esperaba la llamada. Aun así, aun esperándola con tanta impaciencia, se permitió esperar unos segundos antes de ir a abrir. Pero antes, dirigió una mirada alrededor, convenciéndose de que todo estaba bien preparado, bien montado... No había que dar a Lagaillarde el menor motivo de alarma, ni siquiera de desconfianza.

Podía estar tranquila: todo estaba perfectamente preparado, todo estudiado, todo controlado.

Abrió la puerta, componiendo la mejor de sus sonrisas apacibles, entre tímida y cordial, y se quedó mirando cada vez más impresionada al guapísimo Héctor Lagaillarde que, a su vez, la miró con amabilidad un tanto socarrona.

—Buenas noches —saludó él—. Me llamo Lagaillarde, madame. Salvo que me haya equivocado en tomar una dirección por teléfono, entiendo que...

—Oh, sí —mostró Claudine su más inofensivo gesto de viejecita simpática —. Por favor, entre, monsieur Lagaillarde.

—Gracias.

El atleta entró en la casa. Madame Debré cerró la puerta y casi respingó cuando, al volverse, se encontró con las anchísimas espaldas de su visitante ante los ojos. Pero su admirado espanto duró muy poco, porque Héctor Lagaillarde se volvió hacia ella. Tenía una sonrisa sensacional. ¿Cómo diría madame Debré...? Sí, de pillo simpático, de granuja encantador. No podía ser de otro modo, claro.

—Hay un ambiente de calor muy grato, madame. Por fuera no lo parece, pero yo diría que éste es un lugar... delicioso. ¿Vive usted aquí?

Madame Debré notaba algo así como una... fusión de todas sus malas ideas. No había visto nunca tan cerca a Héctor Lagaillarde y ahora, viéndole, a menos de un metro de ella, sólo sentía deseos de sonreír.

—Sí... Sí, así es.
—¿Sola, madame?
—Sí... Sola, monsieur.
Lagaillarde miró de nuevo a su alrededor, asintiendo con la cabeza. Era verdad, el ambiente resultaba gratamente cálido.
—Pues temo, madame, que no puedo compadecerla... Vivir aquí, en pleno Montmartre, sola, en Una casita tan acogedora como ésta... ¿La alquilaría usted, madame?
—¿Alquilarla?
—Sí. Bueno, usted entiende...
—Me parece que no, monsieur.
—Mmmm... estaba pensando que una casita como ésta, quizá un poco mejor arreglada desde luego, podría alquilarse de un modo... particular, para entrevistas discretas. Y puesto que...
Madame Debré enrojeció intensamente.
—Se está equivocando, monsieur. Yo no he alquilado jamás mi casa como... nido de amor, si es eso lo que usted está pensando.
—Discúlpeme, madame, pero...
—Ya sé que hay quien lo hace. Y me parece que no debe ser mal negocio salir por las tardes a dar un paseo dejando la llave a cierta dama o a cierto caballero durante unas horas... Pero no. No, monsieur. Mi intervención en este caso es únicamente por amistad.
—Le suplico que no tenga en cuenta mis palabras anteriores —pareció sinceramente arrepentido Lagaillarde—. Por favor, madame, olvídelas. ¿Sí?
Era tan encantadora, tan aparentemente sincera su sonrisa de arrepentimiento, que madame Debré se encontró sonriendo a su vez.
—Están olvidadas —aseguró—. ¿No quiere pasar?
—Muy agradecido, madame.
Fueron los dos a la salita. Héctor Lagaillarde sonrió de nuevo al entrar allí. Aún hacía más calor... Es decir, la temperatura era aún más grata. Miró la estufa de gas, y se acercó a ella tendiendo las manos, mientras de nuevo miraba a su alrededor. No era un lugar elegante, desde luego. Ni siquiera demasiado confortable... Tan sólo tenía algo... especial, humano, como... Sí, como si la vida allí fuese tranquila, dulce, amable.
—¿Tomará café, monsieur?
—Pues...
—Con coñac, claro.
La sonrisa de Lagaillarde era magnífica.
—Digamos, madame, que tomaré un poco de café... con un buen trago de coñac. No importa la marca —se echaron a reír los dos—. Quizá usted no lo sepa, madame, pero afuera hace un frió de mil demonios.
—Algo así tengo entendido.
Lagaillarde volvió a reír. Parecía encontrarse muy a gusto allí, y madame Debré estuvo segura de que comenzaba a mirarla con simpatía muy personal.

Le estaba resultando simpática a su visitante, ciertamente.

—Digamos —dijo éste— que serán dos partes de coñac y una de café. Pero, madame...,

¡Por separado!

—Estoy segura —rió Claudine— de que tengo todavía algo de coñac muy viejo, monsieur. Digamos unos... doce años.

—Ah... ¡Magnífico! Dígame, madame: no ha venido todavía Monique, ¿verdad?

—Todavía no.

El miró su reloj, frunció el ceño, pero, todavía una vez más, sonrió.

—Bueno, solamente son las diez cuatro minutos. Es natural que una mujer llegue con cierto retraso... ¿Puedo ayudarla en algo, quizá, madame?

—¿Eh...? Oh, no... ¡No, no! Por favor, siéntese.

Héctor se dejó caer en el sofá, y sólo entonces pareció darse cuenta de aquella extraña «presencia». Se quedó mirando con expresión divertida el maniquí de modista, colocado cerca de! sofá. Un instrumento antiguo pero que, al parecer, rendía aún buenos servicios a madame..., madame...

—Perdón, madame... Me parece que no he entendido su nombre...

—Claudine.

—Sí, pero...

—Por favor: simplemente Claudine.

—Madame Claudine —asintió él—. ¿Trabaja usted de modista, o de algo así, madame?

—De algo así. Pero de eso hace ya tiempo, monsieur. Lo que ocurre es que una buena amiga me regaló una pieza de tela encantadora, y decidí hacerme un vestido. Y como no tengo a nadie sobre quien hacer las pruebas, tuve que bajar el maniquí del desván. Aunque ya sé que mi tipo no es hoy día demasiado parecido al del maniquí.

—Madame —rió Héctor Lagaillarde—, hay siempre cosas mucho mejores en una mujer que su tipo.

—¿Y mejores que su edad?

—Mejores que su edad —asintió él—. Mire, una dama joven, guapa, agradable en general, suele ser un tanto... vanidosa, por no decir algo menos amable de ella. En conjunto, resulta que la belleza de su cuerpo anula la posible belleza de su mente. ¿Me entiende usted, madame?

—No. Pero puedo escucharle mientras le sirvo el coñac y el café.

—A decir verdad, lo del café podríamos olvidarlo —sugirió astutamente Lagaillarde—. ¿Le parece bien?

—Está hecho —rió ella—. Y yo tomaré café, no coñac.

Espléndido: usted se toma el café y yo el coñac. Como le decía, madame, hay cosas mucho mejores que el tipo, en una mujer. Por ejemplo, su natural feminidad. Algunas jovencitas son bellas como diosas, pero... Mon Dieu!, no valen ni siquiera el dinero que se gastan en la peluquería. Un hombre las ve, las sonríe, se acerca a ellas, ellas le sonríen... y en un momento determinado

abren la boca, hablan... ¡Adiós! ¡Se ha roto el encanto! A veces se tarda más en darse cuenta uno de que está haciendo el amor a una muñeca con el cráneo vacío. Pero muy poco más. La desilusión es terrible.

Madame Debré tendió a Lagaillarde su copa con coñac.

—¿Y con todo esto que quiere usted decir, monsieur?

—¿Eh? Oh, pues está bien claro... Usted es una de esas damas con las que un hombre puede pasarlo bien... simplemente charlando y tomando café. O coñac. Espero, madame, que capte usted mi intención con toda la exactitud que yo...

—Quede tranquilo, monsieur: no espero que usted intente hacerme el amor de ninguna manera. Pero sus palabras son seductoras... No me extraña lo de usted y Monique.

Lagaillarde bebió un sorbo de coñac, mirando fijamente a la anciana. Era simpática, desde luego. Y había en el fondo de sus ojos un candor sorprendente, como si en lugar de tener... sesenta y tantos años y la consiguiente experiencia de la vida, fuese todavía una niña capaz de sorprenderse por cualquier nimiedad.

—Es un coñac no demasiado bueno —dijo—, pero, al igual que usted, los años lo han convertido en excelente. Madame Claudine: ¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Monique?

—No... No demasiado, no.

—¿Sabe usted que ella está casada?

—Sí.

—Ah. ¿Qué le dijo ella exactamente, madame?

—Me pidió que lo llamase a usted y le dijera que viniera a mi casa esta noche a las diez.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Bien... Espero que nuestro asunto no le cause demasiado trastorno, madame... ¿Le parece a usted que Monique es una chica... rara?

—¿Rara?

—Inquieta, extraña, impaciente...

—No sé. ¿Más coñac?

—No, gracias. Lo bueno hay que dosificarlo... ¿No tiene usted televisión?

—No.

—¿Ni radio?

—Me aburría.

—Claro... Vea, madame, precisamente yo tengo en mi apartamento un viejo televisor del cual había pensado desprenderme para comprarme, por fin, uno en color, usted entiende. No creo que me fuesen a dar mucho por él, así que... quizá usted lo aceptaría como una pequeña muestra de simpatía.

Madame Debré parpadeó, incrédula.

—¿Quiere decir que piensa regalarme un televisor, monsieur?

—Me gustaría hacerlo. Ya sabe lo que pasa en estos casos. Uno tiene un

televisor viejo, o un coche viejo, y el representante de la firma, que sin duda alguna lleva un buen control de estas cosas, se presenta un día en casa y le ofrece cambiar el viejo modelo por uno nuevo... Todo son facilidades y, claro, se quedan el artículo viejo a cambio de que usted compre el nuevo modelo. Entonces le dan unos cuantos miserables francos por ello... Creo que me sentiría más feliz si usted aceptase el televisor, madame.

Claudine Debré se quedó mirando fijamente a Héctor Lagaillarde. No tenía la menor duda de que estaba oyendo bien, así que tenía que definir a Héctor Lagaillarde como a un hombre de admirables sentimientos. Simpático, guapo, generoso...

—Monsieur —musitó—: ¿qué piensa usted de todo esto? Me refiero al asunto de usted y Monique. Ya sé que puede decirme que no es cuenta mía, pero...

—Está usted hablando del marido, si no interpreto mal, madame.

—Sí... Sí, del marido.

—Pues... No sé. Yo no conozco al marido, no sé nada de él en absoluto. Ni cómo es, ni de qué trabaja... No sé nada. Lo que sí sé es que Monique no se siente feliz a su lado. Eso es lo que dice ella, al menos.

—¿Y con usted es feliz?

—Eso lo sabrá ella —sonrió Lagaillarde—. Por mi parte, lo paso bien, eso es todo. ¿El marido? Bueno, si Monique no lo tiene en cuenta, ¿por qué he de tenerlo yo? ¿No le parece, madame?

—Si... Sí.

—¿La molestará a usted si fumo?

—Claro que no.

Héctor encendió un cigarrillo, mientras Claudine Debré lo miraba fijamente. Había algo que no escapaba a su entendimiento: el guapo Lagaillarde tenía razón. El era, simplemente, un hombre, un día encuentra a una linda chica, se sonríen, le habla... Voilá! No hay más que hablar. Allí, la hiena era Monique, sin duda alguna. Pero... Pero, incuestionablemente, Héctor Lagaillarde había estado... disfrutando de algo que él sabía muy bien que no le pertenecía. Tenía que pagar. ¿Un televisor? ¿Para qué quería ella un televisor? Lo que quería, lo que realmente deseaba con todas sus fuerzas hasta el punto de que ya no era capaz de pensar en otra cosa, era el fin de Monique, y de todo lo que ella significaba, de todo lo que ella tuviera o hubiera tenido. Todos eran culpables... ¡Todos!

—Parece que Monique se está retrasando un poco —dijo Lagaillarde.

—Sí... Yo... Bueno, monsieur, no quisiera que usted pensase que pretendo abusar de su bondad.

—Por favor, madame. ¿Qué ocurre?

—Como ya he terminado mi vestido, no necesito el maniquí, de modo que... Si no es abusar de su...

—Tonterías, madame. ¡Con mucho gusto!

Se levantó y alzó el maniquí con toda facilidad. Así es la vida: de joven

todo resulta fácil, todo sencillo. Luego, van cayendo los años sobre el cuerpo y, éste, insensiblemente a veces, se torna débil, quebradizo... Para él, aquel maniquí no era prácticamente nada. Para la pobre madame Claudine, subirlo al desván debía significar un esfuerzo terrible...

Ella caminaba ya hacia el fondo de la casa. Héctor Lagaillarde se fue tras ella, llevando a pulso el maniquí. Le resultaba divertido. En el fondo estaba convencido de que madame Claudine era sencillamente una... arregladora de citas, y no le sorprendería mucho que, a pesar de todo lo dicho por ella antes, cuando llegase Monique los dejase solos. Conocía aquel cuento mejor que el de la Caperucita roja...

—Cuidado —dijo madame Debré—, El otro día tropecé con estos escalones, y caía rodando, monsieur.

—Pierda cuidado, madame. La sigo, la sigo...

Llegaron al pequeño descansillo. Madame hizo girar la cerradura, metió una mano dentro, junto al marco, y la luz del desván se encendió.

—Pase, por favor.

Héctor entró, llevando delante el maniquí. Los desvanes siempre le habían gustado, porque tenían algo de misterioso, de viejo, de secreto; y porque en un desván podía encontrarse cualquier cosa... Lo más inesperado del mundo podía surgir, de pronto, en un rincón de cualquier desván...

Oyó cerrarse la puerta tras él, pero, todavía mirando a todos lados con expresión risueña, se limitó a preguntar:

—¿Dónde lo dejo, madame? Silencio.

Apenas extrañado por aquel silencio a su pregunta, Héctor Lagaillarde decidió depositar el maniquí de momento allí mismo. Lo hizo, y se volvió sonriendo.

—Madame ¿dónde...?

* * *

Quedó mudo, helado de terror.

También de incredulidad, pero, sobre todo, terror. Un terror nuevo en su vida, que le hizo estremecerse, quizá porque en su espalda, notó como si la columna vertebral, de pronto, estuviese compuesta por cubitos de hielo en lugar de vértebras. Se quedó abierta su boca, sus ojos se desorbitaron, el color huyó de su rostro, un frío intenso lo agarrotó...

Desde luego, tal como él subconscientemente había pensado, madame no se había ido.

No. Estaba allí. Pero más valdría que se hubiese quedado fuera del desván...

Paralizado, Héctor Lagaillarde la vio abalanzarse hacia él, con el rostro transformado, distendido en una mueca espeluznante de odio, de furia, de decisión... La simpatiquísima anciana parecía otro ser completamente diferente. Quien la hubiese visto unos minutos antes abajo, de ninguna

manera podía pensar que ella pudiera adquirir aquella expresión, y abalanzarse decididamente contra un hombre... enarbolando una vieja hacha.

Con un grito de espanto hinchando su garganta, Héctor Lagaillarde comenzó a mover la mano derecha, por instinto, para interponerla entre él y madame Debré... Es decir, entre él y el hacha que blandía madame Debré. Pero, al mismo tiempo que comenzaba a nacer su grito y a mover la mano, el hacha llegó hasta él...

La verdad es que Héctor Lagaillarde, incluso delante de una viejecita, no tuvo la menor oportunidad: el hacha cayó, claramente de filo, sobre su rostro... Manejada con escasas fuerzas, desde luego. Pero un hacha, es un hacha... Y el viejo filo embotado tenía todavía fuerza y penetración suficientes: se hundió en la cara de Lagaillarde, desde la mitad de la frente hacia abajo, partiendo también la nariz, los labios, destrozando unos cuantos dientes... Todo esto, con un impacto escalofriante, que hizo crujir su cráneo, su nariz, sus maxilares..., que lo empujó hacia atrás, contra el maniquí, derribándolo, cayendo ambos al suelo; incólume, intacto, el maniquí pero soltando chorros de sangre hacia todos lados, Héctor Lagaillarde.

Sangre, dientes, trozos de hueso...

Quedó tendido cara al angulado techo de vigas, y de su pecho, que no de su boca o garganta, brotó un profundísimo suspiro, un estertor que lo estremeció de los pies a la destrozada cabeza.

Madame Debré se acercó a él, blandiendo de nuevo el hacha, que chorreaba de sangre, sobre sus grises cabellos, sobre su viejo vestido. Los apacibles ojos se fijaron en aquel hombre agonizante, prácticamente muerto... Unos ojos impávidos, inmóviles, quizá como los de sus ratas. Unos ojos que no expresaban nada, absolutamente nada... Igual que dos pedacitos de cristal. Tampoco en las facciones de Claudine Debré había expresión alguna cuando bajó el hacha con sus sensible fuerzas, con toda la rabia inexpresada, pero latente y viviente, presente.

El hacha se hundió ahora en el pecho de Lagaillarde, con crujido de huesos. Se hundió de verdad, rompiéndolo todo, desgarrándolo todo. Y el hacha volvió a alzarse, manejada por aquellas pequeñas, huesudas manos.

Y volvió a bajar.

Por dos veces más, bajó. Subió y bajó, subió y bajó.

Luego, madame Debré quedó jadeante delante de aquel hombre.

Inmóvil a excepción del jadeo que movía su flaco pecho. Sin expresar nada sus ojos, ni sus facciones. Ni Siquiera una crispación en la boca, en los párpados, en la barbilla... Nada. Era como contemplar una obra realizada, independientemente de la índole de esa obra. Había sido necesario hacer una cosa..., y se había hecho, eso era todo.

Madame Debré dejó el hacha junto a la puerta, ya que al salir a toda prisa tendría que llevársela a la cocina, para limpiarla, para lavarla a fondo. Es claro que no debía quedar en ella ni una sola gota de sangre, ni el menor rastro. Así que la dejó allí cuidadosamente, y se acercó a la maceta con flores

ya un tanto marchitas que tapaban el agujero del desván.

—Tendré que hacer algo por vosotras —dijo en voz alta—. No está bien que os tenga aquí, que os deje morir en este lugar... Os prometo venir a regaros, luego. O mejor, mañana. Será lo primero que haga.

Se inclinó pero, de pronto, se detuvo.

¿Qué iba a hacer? ¿Estaba loca? ¡Todavía no era tiempo de que entrasen las ratas! .

Regresó ante el cadáver de Héctor Lagaillarde, y tras leve vacilación, se arrodilló a su lado. Con gran cuidado, apartó sus cortadas y ensangrentadas ropas, hasta localizar la billetera, que retiró con todo cuidado. Aun así, madame Debré no pudo evitar mancharse las manos de sangre. Pero eso no le importaba. Lo importante era apoderarse del dinero que llevase encima aquel hombre que había escarnecido a su hijo...

«—¿El marido? —Había dicho—. Bueno, si Monique no lo tiene en cuenta, ¿por qué he de tenerlo yo?»

Los billetes no se habían manchado aún de sangre, ni estaban demasiado deteriorados. Madame Debré los fue colocando en el suelo, alisándolos, y luego buscó monedas en los bolsillos del pantalón. Tanto unos como otras quedaron, en buena parte, manchados de sangre, pero eso no preocupaba a Claudine: podía quitar aquellas manchas, ya se las arreglaría.

La cantidad total no estaba mal: cuatrocientos doce francos.

Se lo guardó todo, se incorporó, y volvió a acercarse a la maceta. Sí, decididamente, al día siguiente lo primero que haría sería llevársela de allí, y poner otra. Las flores no tenían por qué morir... ¿A quién perjudican las flores?

Por fin, sonriendo dulcemente, Claudine Debré retiró la maceta, diciendo:

—Venid... Venid todas hoy, queridas... Hay mucha carne, y no me ha costado ni un solo franco... Venid... Venid todas...

No había que sentir demasiada pena por Héctor Lagaillarde, de todos modos, porque tuvo bastante mejor suerte que Marie Mortier ya que, cuando las ratas llegaron, a docenas, él, efectivamente, llevaba muerto varios minutos.

CAPITULO VII

Lo de separar los huesos a la mañana siguiente no fue una labor demasiado difícil, ésta es la verdad.

Una cosa que la irritó fue las exigencias de las ratas. Cuando ella entró en el desván, todavía quedaban algunas allí, remoloneando sobre el esqueleto, y tuvo que echarlas a golpes de escoba, hacia el agujero, que tapó con otra maceta, dispuesta a concederle el relevo a la primera.

También tenía preparado lo de los paquetitos.

Bolsas de plástico con piedras dentro, cordeles... Todo.

La mitad de aquella mañana, madame Debré la dedicó a estos últimos detalles, haciendo primorosos paquetes, de varios tamaños y formas.

Pero no.

No fue demasiado difícil.

Hacia las once de la mañana, madame Debré salió de su casita llevando los dos primeros paquetes, los más engorrosos.

Regresó hacia las doce y media, almorzó, y dedicó luego una hora y media a descansar. Aunque sabía que nadie se fijaba en ella, tampoco podía desplegar, de pronto, demasiada actividad, pues quizá alguno de los vecinos sintiera curiosidad. Esto había que prevenirlo también.

Así que, hasta pasadas las tres, madame Debré no volvió a salir llevando otros dos paquetitos...

Fue un día atareado, pero, cuando llegó la hora de cenar, Claudine podía estar tranquila: no quedaba en la casa el menor indicio de que un hombre llamado Héctor Lagaillarde hubiese pasado por allí.

Después de cenar, subió a hacerle una visita a «Chérie» y sus pequeñuelos. Desde luego, seguían en la caja, ya con un aspecto decididamente definido: serian unas hermosas ratas. En cuanto a la mamá rata, madame Debré estuvo segura de que la miraba con cierta tranquilidad, casi habría dicho que afectuosamente, y eso la puso de excelente humor.

Por cierto que necesitaba mucho buen humor para realizar la siguiente parte: nada menos que tenía que hablar con Monique por teléfono. Cuando pensaba esto notaba, cada vez con más fuerza, el mordisco del odio en las entrañas. Pero... Había que hacerlo, y lo haría.

—Sí, «Chérie» —le dijo a la mamá rata—. No importa que nos repugne una cosa: cuando hay que hacerla, se hace. Si puedes comunicarte con tus amigas de las cloacas, diles — que hoy no van a tener comida, pero mañana... Mañana volverán a hartarse todas. Lo haría hoy mismo, pero... quiero que estéis todas con un excelente apetito, ¿tú comprendes?

Sonriendo, salió del desván y, minutos después, lo hacía de la casa.

Buscó un teléfono público y, desde allí, hizo la llamada al apartamento de Claude...

—¿Diga?

Madame Debré torció el gesto un instante, pero, inmediatamente, comprendió que aquello era todavía mejor que hablar con Monique estando Claude presente. Sí... Era mucho mejor.

—Diga.

Madame Debré apretó los labios, y permaneció en silencio.

—¡Diga! —insistió la voz de Claude, ya un tanto irritada.

Los labios de Claudine no se despegaron... Sólo se estiraron, en dulce sonrisa, cuando oyó el inconfundible sonido del auricular al ser colgado.

* * *

Claude Debré retiró la mano del auricular recién colgado, y regresó al comedor, con el ceño fruncido. Monique estaba allí, sentada en el sofá, viendo televisión, y fue a sentarse de nuevo a su lado.

Ella le dirigió una mirada fugaz.

—¿Quién era? —preguntó.

—No lo sé. No han contestado.

—Alguna avería. Es corriente que...

—O quizá esperaban que contestases tú —cortó rudamente Claude.

Monique se estremeció. Desde que Claude había estado a punto de estrangularla, lo veía de modo muy diferente. Y cada vez temía más despertar su ira. Desde luego, Claude era el de siempre pero no era fácil olvidar lo que había intentado, su expresión, su rostro transformado por aquel odio violento, aquella furia...

—¿Yo?

—Eso pienso.

—Si alguien quisiera hablar conmigo, no veo por qué no podía decirlo, Claude...

Este permaneció silencioso, sombrío, fija su mirada en la pantalla del televisor, pero realmente, sin ver nada de lo que allí ocurría. Por su parte, Monique, asustada, pensaba en la posibilidad de que, en efecto, la hubiesen llamado a ella. ¿Quizá Héctor pretendía...? Pero no. No, no, no... Ella nunca había dado su número de teléfono a Héctor, ni a ningún otro. Ni siquiera conocían su apellido, así que, localizar en una guía telefónica como la de París a una muchacha llamada Monique era del todo imposible... No, no había sido Héctor ni ningún otro. Ella les había hecho algunas confidencias de tipo personal, claro está, pero en absoluto reveladoras sobre su apellido, su domicilio... Nada de eso. ¿Entonces?

—Monique —Claude volvió la cabeza hacia ella y le puso una mano en una rodilla—.

Monique, no vuelvas a hacerlo nunca, nunca... ¿me oyes?

—¿Hacer... qué cosa? —casi gimió ella.

—Engañarme.

—Claude, yo no...

—Calla. Calla, no digas nada... Yo no quiero que volvamos a hablar de esto, ni a recordarlo. Vamos a olvidarlo por completo los dos. Sólo quiero que sepas que no podría soportarlo otra vez.

—Claude...

La mano de él se deslizó piernas arriba. Estaba sorprendentemente fría, y Monique se estremeció de nuevo.

—Monique, yo te amo, lo sabes... Te amo tanto, que por ti sería capaz de todo — Claude se estaba inclinando hacia ella, y sus ojos relucían de un modo extraño a la luz de la pantalla del televisor—. Haría cualquier cosa por ti, sólo tienes que pedirla. Sé sincera conmigo, yo te lo daré todo... Y a cambio, solo quiero que tú también me ames...

—Yo... yo te amo, Claude, lo sabes muy bien...

—Eso es —sonrió él de pronto, como un niño—. Me amas, me amarás siempre..., y aquí no ha pasado nada...

La besó en los labios, y acabó de tenderla en el sofá. Monique notaba en su garganta algo parecido a una bola que parecía a punto de estallar. Tenía necesidad de gritar, de protestar. No, pensó, ahora no...

Pero su marido estaba abriendo la bata, y Monique vio claramente, como si fuese de cera azul, la fuerte mano sobre uno de sus senos. Justo entonces, la boca de Claude cayó sobre la de ella, ávidamente. Los deseos de gritar aumentaron, pero permaneció rígida, como congelada de pronto.

Claude se separó, y la miró, expectante.

—¿Qué te ocurre? —susurró.

—Nada... Nada, mi amor.

El volvió a besarla, Monique habría dado cualquier cosa por estar lejos de allí, porque sabía cómo iba a terminar aquello, allí mismo, en el sofá. Era normal y lógico, puesto que Claude la amaba, y era su esposa... Su esposa. Pero él era capaz de matarla, sí... Por amor. Por amor...

El instinto le dijo lo que tenía que hacer: corresponder a Claude lo más dulcemente que supiera. En todo... Eso era lo que tenía que hacer. Tenía que complacerlo en todo durante el tiempo que tardase en tomar una decisión para, a la primera oportunidad, marcharse muy lejos de París, adonde él no pudiese encontrarla nunca... Pasaría por todo, con tal de confiarlo y, en cuanto pudiera, desaparecería... Para siempre.

Rodeó con sus brazos el cuello de Claude, y notó cómo las manos de éste se crispaban en su cuerpo...

—Monique —él comenzó a besarla en el cuello—. Monique, mi vida...

* * *

Respingó cuando sonó el teléfono.

Alzó la mirada de la revista que había estado leyendo, y miró hacia el cuarto, donde, insistente, seguía sonando el timbre, agudamente.

Dejó la revista, se puso en pie, y fue hacia allá, mirando su relojito. Eran

las cinco y veinte, de modo que Claude aún tardaría en volver del trabajo no menos de una hora. Llevaba todo el día sola en casa, aburriéndose mortalmente, pero lo prefería así a la compañía de él. Cada vez que pensaba en lo sucedido la noche anterior en el sofá, se estremecía... Minuto a minuto la idea de marcharse iba creciendo en la mente de Monique, como si fuese un globo que se iba hinchando, hinchando, hinchando..., no dejando sitio para ningún otro pensamiento. ¡Todo el día sola en casa, aburriéndose como nunca! Pero no sería ella la que volviese a provocar a Claude, no... ¡De ninguna manera! Paz y tranquilidad hasta el momento de su marcha, de su fuga...

—¿Diga?

—Hola, Monique... ¿Cómo estás?

Un gesto de repulsión apareció en el bello rostro de la muchacha. Sabía que odiaba a Claude con' toda su alma, además de temerle. Y sólo otra persona en todo el mundo podía inspirarle sentimientos todavía peores: precisamente la persona que estaba al otro lado de la línea.

—Bien —susurró—. Muy bien, Claudine. ¿Y usted?

—Oh, me las arreglo, sí... ¿Está Claude?

—No... Aún no ha regresado.

—Mejor. No es con él con quien quiero hablar, sino contigo. Por eso, la otra noche, cuando él contestó al teléfono...

—¿Fue usted quien llamó?

—Sí, sí... Monique: ¿querrías venir?

—¿Adónde?

—A mi casa, claro.

—¿Me llama desde ahí?

—No, no, ya sabes que me retiraron el teléfono... Estoy en uno público, muy cerca de casa. Monique, te lo suplico, es completamente necesario que hable contigo, a solas.

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Por teléfono, no, Monique. Tienes que venir... Pero no se lo digas a Claude. Es cosa nuestra solamente. El no debe saber que me has visitado tú sola... Nadie tiene que saberlo. Ya sé que todo esto te debe estar sorprendiendo, querida, pero te ruego que me complazcas..., aunque sólo sea por esta vez. Puedes salir ahora mismo de casa, y venir aquí... Procura que nadie te vea entrar...

—Mire, Claudine, todo esto...

—¡Te juro que es por el bien de todos! —Pidió patéticamente Claudine Debré—. Ya sé que no me tienes simpatía y, a decir verdad, yo tampoco siento ni siquiera eso por ti, pero..., Monique, te lo ruego, te lo suplico: tenemos que vernos.

Por un instante, Monique estuvo tentada de colgar el teléfono después de enviar al infierno a aquella odiosa vieja. Pero no... Eso no convenía. Claude se estaba... imponiendo mucho sobre ella, que cedía a todo, aunque él no se daba

cuenta de que era por miedo. No quería más complicaciones. Solamente tranquilidad, hasta el momento de su partida. Mientras tanto..., ¿acaso no era mejor que nadie sospechase nada, que todos estuviesen tranquilos?

—Está bien —murmuró—. Está bien, voy para allá ahora mismo.

—Gracias... ¡Gracias, Monique! Y recuerda que no se lo debes decir a Claude, ni a nadie... ¡Nadie debe verte!

—Sí, de acuerdo.

Colgó el teléfono, y regresó al comedor-estar, cruzándolo para ir al dormitorio, a vestirse de calle... Y estaba ya terminado cuando la idea que cruzó por su mente la sobresaltó: ¿y si llegaba Claude y ella todavía no había regresado? Eso era lo más probable, pues no podía confiar en tardar menos de una hora en ir y volver y, además, hablar con la odiosa vieja. Si Claude regresaba y no la encontraba en casa...

—No quiero ni pensarlo —se estremeció.

CAPITULO VIII

—¿Te ha visto alguien? —preguntó Claudine,

—No losé... Supongo que no.

—¿Le has dicho a Claude que venías aquí?

—No... No.

—Está bien. Pasa.

Madame Debré se separó de la puerta, que había cerrado rápidamente apenas entró Monique. Ambas se dirigieron a la salita. Claudine señaló el sofá.

—Siéntate.

Monique lo hizo, mirando a su alrededor. Había estado allí solamente un par de veces, muy en contra de sus deseos. Sólo dos veces, pero recordaba perfectamente que la casa no parecía tan alegre. Había cortinas nuevas, flores, y el calorcillo de la estufa resultaba muy grato...

—¿Quieres café?

—No.

Madame Debré vaciló, y acabó por sentarse en uno de los silloncitos recién forrados con cretona. En realidad, todo allí era antiguo, recargado...

Se quedaron mirándose fijamente. Y fue como si dos relámpagos de odio chocasen en el cielo. Sólo que en silencio. Ninguna de las dos se alteró, sin embargo. Cualquier persona que hubiese captado aquella mirada no habría tenido la menor duda de que allí latía, entre aquellas dos mujeres, un odio espantoso superior a la furia que pudiera sentir cualquier fiera. Sólo la furia, porque las fieras no odian, como los humanos.

La primera en desviar la mirada fue Monique. Abrió su bolso y sacó los cigarrillos. A través del humo, volvió a mirar a su suegra que continuaba con la mirada fija en ella. Parecía una estatua.

—Bueno... ¿Qué tiene que decirme? —se sintió incómoda Monique.

—Tengo que pedirte... un favor.

Monique apretó los labios en sarcástica sonrisa.

—¿Un favor usted a mí? ¿Cuál?

Claudine señaló la redonda mesita que había entre ambas; sobre la mesita había, entre otras cosas, una cuartilla y un bolígrafo, objetos ambos que Claudine señalaba directamente.

—Ahí tienes papel y bolígrafo... Quiero que en él, me apuntes los nombres de todos tus... amigos.

Monique quedó estupefacta.

—¿Qué...? ¿Qué dice?

—No querrás que nos estemos engañando entre nosotras con tonterías, ¿verdad? — Replicó ásperamente Claudine—. Sé muy bien que has tenido varios amigos... Apunta ahí sus nombres y las direcciones de todos, si las sabes.

Monique llevó el cigarrillo a sus labios, con mano un tanto temblorosa.

—Usted está loca—dijo, expeliendo el humo.

—¿Por qué estoy loca? ¿Acaso vas a negar que has estado engañando a Claude continuamente?

—Lo niegue o no, da lo mismo. No quiero tratos con usted. De ninguna clase. He venido porque no quería complicaciones con Claude, pero veo que he cometido un error. Verdaderamente, lo mejor que se puede hacer con usted es mantenerla lo más lejos posible.

—Eso es lo que has estado haciendo —pareció chirriar la voz de madame Debré—. No sólo te has mantenido tú lejos de mí, lo cual no me ha importado en absoluto, sino que has mantenido alejado a mi hijo... Pero esto se va a acabar, te lo juro. Y ahora escribe esos nombres... o Claude sabrá todo lo que tiene que saber sobre su... mujercita. No eres más que una perdida.

—Y usted es una bruja —rió Monique—. ¿Sabe qué le digo? ¡Váyase al infierno!

Tiró el cigarrillo al suelo, se puso en pie recogiendo el bolso y comenzó a caminar hacia la puerta de la salita...

—¿Crees que no soy capaz de decirle a Claude todo lo que has estado haciendo? Monique se volvió, frunciendo el ceño.

—Claude ya lo sabe, «querida»... Me parecía que no podía enterarse, pero, el otro día me demostró que lo ha estado sabiendo todo el tiempo...

—¡Eres una mala...!

—Quizá. Pero... ¿sabe usted lo que es su hijo? Madame Debré se puso en pie de un salto increíble.

—¿Qué tienes tú que decir de mi hijo? —chilló.

Monique pareció comenzar a encontrar divertida la situación.

—Pues, podríamos empezar diciendo que como hombre no vale gran cosa... aunque él cree que sí, claro.

—Eres... eres una desvergonzada asquerosa que... que...

Madame Debré se ahogaba en su propia ira; sus ojos relucían como nunca, expresando un odio tan profundo que podía estremecer a las piedras. Pero, puestos a hablar, Monique pensó que no tenía por qué dejar pasar la oportunidad. ¿Qué podía perder? Quizá aquella vieja bruja se lo contase todo a Claude, pero ella podía contar su propia versión. Y Claude la amaba a ella, no a su madre.

—Y su hijo, es un asesino —replicó agudamente—. ¿Me oye bien? ¡Un asesino!

Claudine abrió y cerró varias veces la boca, pero no consiguió pronunciar una sola palabra. Se llevó la mano al pecho, sobre el corazón, y se desplomó en el sillón. Monique la miró con los ojos entornados, llameantes de perversidad... ¿Qué se había creído la bruja...?

—¿Qué le pasa? ¿No le gusta la noticia? ¿O es que no me cree? ¿No, verdad? ¡Pues le estoy diciendo la pura verdad, y puede comprobarlo! —Se acercó a ella, y apartó rabiosamente el cuello de su abrigo—. ¡Mire esto, mire

mi cuello...! ¿Ve esas manchas amoratadas? ¡Pues me las hizo su hijo la otra noche, cuando quiso matarme estrangulándome!

—Mentira —jadeó Claudine—. ¡Mentira...!

—¿Mentira? Bueno, pues pregúnteselo a él. Usted es una bruja, y él un asesino... ¡Pregúnteselo! ¡Pregúntele por qué cuando llamó usted a la puerta de casa el otro día no quisimos abrirle...!

—Mentira, mentira...

—¿Y quiere saber otra cosa? Si no llega a ser por usted, yo estaría muerta ahora. Puede preguntárselo todo a su hijito, si le viene en gana. ¡Es una bestia! Claro que se ha enterado de todo, y por eso quiso matarme... Me echó las manos al cuello, y me apretó de tal modo que no sé cómo puedo continuar con vida... Es decir, sí lo sé: porque usted llamó al timbre. De no haber sido por eso, me habría matado... Mire las señales de sus dedos...

¡Mírelas bien, maldita bruja!

Madame Debré estaba mirando, desde luego, las señales en el blanco, delicado, precioso cuello de Monique... Sí, parecían huellas de unos dedos, desde luego. Pero... ¿era posible que Claude las hubiese dejado ahí? ¿Habría sido él, realmente? ¡Siempre había sido tan bueno, tan pacífico, tan inofensivo...!

«Sí, pero... —se dijo madame Debré— yo también he sido siempre buena e inofensiva, y ahora me dedico a alimentar ratas... con carroña. ¡Santo Dios, Claude ha podido convertirse en un asesino por culpa de esta mujer! ¡Mi hijo, un asesino! Oh, Dios, qué horror... Pobrecito Claude, Pobrecito niño mío...»

Sus ojos dejaron de parecer cristalizados, expresando de nuevo su captación a la realidad, Monique estaba todavía ante ella, gritando, señalando las marcas en su cuello...

¿Qué había ocurrido? ¿Durante cuánto tiempo había estado ella... lejos de allí, sin verla, sin oírla?

—...La policía, que nada me harían a mí —decía Monique—, pero sí le harían a su hijo, por intento de asesinato...

«Ah, no —volvió madame Debré a su interior—. A mi Claude no pueden hacerle nada. No, porque no la ha matado. Yo evité que mi niño se convirtiese en asesino... ¡Dios bendito, gracias por haberme empujado aquella noche hacia allí, gracias...!»

—...Le diré a Claude, que usted, en lugar de intentar ayudarnos a arreglar la situación, se dedica a molestarme. ¿Cree que su hijo le perdonará esto? Para que lo sepa, él me ama, me amará siempre, haré con él lo que...

Madame Debré regresó, de nuevo a la vida real. No le importaba ya nada de lo que aquella mujer pudiese decir; excepto una cosa.

Una sola cosa:

—¿No quieres apuntarme la lista de tus amantes?

—¡No! ¡Bruja!

Claudine parpadeó... Monique había dicho que no... Es decir, que ella tendría que enterarse por su cuenta. Pero ¿cómo lograrlo? Marie, que era la

que parecía muy enterada de las andanzas de Monique, ya no existía. Claro que podía preguntar a otras personas... Aunque al final, eso levantaría sospechas, al ir desapareciendo todos aquellos hombres...

Porque..., naturalmente, estaban todos destinados a desaparecer... Sin dejar rastro. De otro modo..., ¿cómo iba a poder alimentar a sus amigas de las cloacas que subían a visitarla? A «Chérie» podía alimentarla sin grandes gastos, desde luego, pero no a las otras ratas, que acudían a centenares. Precisamente, poco antes de llegar Monique, había subido al desván, para asegurarse de que todo estaba bien allí. Y estaba muy bien: había oído los gemidos de las ratas hambrientas, a través de las paredes, y el rascar frenético de sus uñas, sus chillidos... Debían estar nuevamente hambrientas, y seguramente, habría más, cada vez más, esperando que la maceta fuese apartada...

Sí.

Tenía que conseguirles carne, como fuese. Carroña, en realidad, porque Monique, y todos sus amigos, eran carroña...

—¡No eres más que carroña... Carroña, sí...!

—¡Y usted una maldita bruja!

—Pero no me importa —madame Debré la miró, y, de pronto, sonrió—. No, me importa, Monique, por el contrario, cuanto más carroña seas, mejor.

—Una bruja loca —insistió Monique—. Nada me importa lo que Claude diga o haga... ¡Ni siquiera que intente matarme de nuevo! Pero tiene que saber que si una sola vez más en toda mi vida yo tuviese que volver a verla a usted, antes sería capaz de... de matarlos a los dos... ¡Sería capaz de matarlos a usted y a él!

Claudine se echó a reír, dejando estupefacta a Monique.

—¿Matarnos? ¿Serías capaz de eso? ¡No lo creo...! La gente como tú no tiene valor para estas cosas. Sólo para pequeñas porquerías... ¿Quieres que te lo demuestre? Toma esto... y mátame.

Tomó de sobre la mesita redonda las largas y agudas tijeras, y se las puso en la mano a Monique, que palideció y retrocedió un paso.

Claudine volvió a reír, acercándose a ella.

—Vamos, ¿qué esperas? ¿No dices que serías capaz de matarnos? ¡Pues empieza por mí! Sólo tienes que clavarme las tijeras en el pecho o en el cuello... ¡Dónde tú quieras! Soy una pobre vieja, y las tijeras son muy puntiagudas, están bien afiladas... No resistiría ni un solo golpe... ¡Vamos, hazlo!

Monique retrocedió otro paso, aterrada, desorbitados loa ojos. Sí, eso era: en realidad los Debré eran unos locos. Eso tenía que ser, no podía ser otra cosa... Unos locos pacíficos, seguramente, pero cuando algo no les gustaba estallaban en una furia horrenda, se trastornaban...

—¿No te atreves? —Rió en chirridos Claudine—. ¡Pero si es tan fácil, «querida»...!

¡Vamos, que no te falte el valor ahora! Sólo tienes que clavarme unas

simples tijeras...

—No—tartajeó Monique—. No, no, no...

—¿Lo ves? ¿Ves como no tienes valor para estas cosas? Sólo para pequeñas porquerías, ya te lo he dicho... Carroña, solamente carroña. ¡Vamos, atrévete!

Monique volvió a retroceder un paso, dejando caer las tijeras, que rebotaron delante de sus pies. Claudine las recogió, y se quedó mirando malignamente a su nuera.

—¿No te atreves? —insistió.

—No... ¡No!

—Pues yo sí, «querida»... ¡Yo sí!

Lanzó la mano hacia delante, con toda su fuerza, empuñando las tijeras. Monique lanzó un ahogado alarido cuando las dos puntiagudas hojas, juntas, penetraron violentamente en su vientre, con tal fuerza, que cayó de espaldas al suelo. Por un instante, un velo negro apareció entre sus ojos, pero en seguida se disolvió. Pudo ver el techo, y luego, ante sus ojos, sus propias manos, manchadas de sangre; de su boca brotaban sonidos apenas audibles, gemidos, mientras la mandíbula inferior temblaba violentamente.

Y notaba algo abajo en el vientre... Algo frío y caliente a la vez, algo nuevo, algo desconocido. Volvió a llevarse las manos allí, y luego las colocó otra vez ante sus ojos: más sangre, mucha más sangre...

—Aaaah —gimió—. Aaaaaaaah...

De pronto notó una presencia junto a ella. No sabía nada, no recordaba nada. Pero identificó de inmediato aquella presencia. Allá, junto a ella, altísima, estaba Claudine... No, no era altísima: era que estaba de pie, y ella estaba en el suelo... Vio su rostro, impávido, sereno, como una suave máscara, inclinado sobre ella.

Y como de muy lejos, llegó su voz, la reconocía:

—Ya ves que me he atrevido...

Monique cerró los ojos por un instante, porque volvía a ver aquel velo negro ante ellos. Luego le costó abrirlos, porque parecía que los párpados se pegasen, o le pesasen terriblemente. Cada vez más lejana, oía la voz de Claudine:

—...No saldrás de aquí con vida, te lo aseguro... Para ser exactos, ni siquiera saldrás con carne...

Monique giró sobre sí misma, y se encontró boca abajo. Apoyó las manos en el suelo, y luego encogió las piernas. Gimió entrecortadamente al notar el intenso dolor en el vientre, pero consiguió colocarse de rodillas y manos. El velo negro aparecía y desaparecía, cada vez con más frecuencia.

Comenzó a gatear hacia la puerta, sumergiéndose cada vez más en aquella negrura infinita. Otra vez la voz de Claudine, tan lejos, tan lejos, tan lejos...

—Ah... ¿Quieres escapar? No, querida, no... ¡Nada de eso i Ya no pudo ver ni oír nada más.

Madame Debré saltó sobre su espalda y comenzó a clavarle las tijeras, en

la espalda, en el cuello, una y otra vez, con una furia y una fuerza fuera de lugar, desproporcionada, pasmosa...

La verdad era que las cosas no le habían salido tan bien como ella las había planeado, tenía que admitirlo. Pero era lo mismo. La única diferencia estaba en que, en lugar de engañar o convencer a Monique para que subiese al desván, tendría que subirla ella y en que, en lugar de utilizar el hacha había utilizado las tijeras...

—¿Qué más da? —dijo en voz alta.

Fue a la cocina y regresó con una cuerda. Sí, estaba segura de que así podría conseguirlo.

Pasó la cuerda varias veces por los sobacos de Monique, y comenzó a tirar de ella, hacia el fondo de la casa, dejando un ancho, espantoso brochazo de sangre. Cuando llegó al pie de la escalera que conducía al desván, sintió un ligero desánimo, pero se sobrepuso rápidamente: aquello era algo que había que hacerse y ella lo haría.

Naturalmente que lo haría.

Comenzó a subir de espaldas, tirando de la cuerda, remolcando a Monique escaleras arriba, indiferente a las dificultades y a los golpes de la cabeza de su nuera contra los escalones. A cada tirón, madame Debré parecía tener más y más fuerza, pese a que perdía no poco aliento mascullando, conversando consigo misma:

—Vaya si te comerán mis amiguitas... Vaya que sí..., no quedarán de ti más que los huesos, ya lo sé... Y me gustaría podérselos dar a una fiera, para que los devorase... Me gustaría también poder mostrárselos a todo el mundo, y decirles que eso era lo único que había quedado de ti...

A mitad del tramo, el jadeo de madame Debré era tan fuerte que ya no podía hablar. Las manos comenzaron a dolerle, y la espalda, y las piernas. Estaba cubierta de sudor. Un sudor fino y frío, que la estremecía, pero, al mismo tiempo, notaba el rostro ardiendo, como bañado en fuego.

Un tirón, otro, otro, otro...

Cuando llegó arriba madame Debré sintió que las piernas se le doblaban, y cayó de lado sobre el ensangrentado cadáver. Se quedó mirando los ojos de Monique. Ah..., habían quedado abiertos, finalmente. Allá los tenía, desorbitados, relucientes, expresando el más grande terror del mundo... ¿De qué le había servido ser tan bella? De nada. De nada bueno, al menos.

Pero ahora, ciertamente, Monique no era bella. Tenía la espalda destrozada y la nuca llena de tantas puñaladas que la cabeza, entre esto y las dificultades de la subida hacia el desván, casi había quedado separada del tronco... Madame Debré miró las escaleras, y las vio tan profundamente manchadas de sangre que se sintió disgustada.

No iba a ser fácil limpiar bien todo aquello.

Y de pronto, se dio cuenta de que estaba oyendo a las ratas...

¡Hiiiiicccc... hicccciiccicc... hic... hiciiiciicc...!

Pobrecitas, que hambre tenían... ¡Y sabían que ella estaba muy cerca,

llevándoles comida! La habían olido, naturalmente. Habían olido la sangre, y debían estar allá desesperadas, intentando mover la maceta, arañando por todas partes en busca de una entrada.

—Tranquilas... tranquilas, voy a dejaros entrar en mi desván, queridas...

Se puso en pie fatigosamente, como agotada de pronto. Era lo normal, a fin de cuentas. Al mover la llave, la dejó manchada de sangre. Tenía sangre por todos lados, sangre por toda la casa... Bueno, tendría mucho trabajo mientras las ratas devoraban a Monique, eso era todo.

Empujó la puerta...

...Y una oleada de ratas apareció en el descansillo inmediatamente, cubriendo en menos de un segundo el cuerpo de Monique, algunas rodando escaleras abajo, todas chillando, peleándose, comenzando a dar dentelladas al cadáver..., mientras madame Debré, atónita, petrificada, las veía salir, rozando sus piernas, formando una masa gris, sucia, pestilente, horripilante.

Sí.

En menos de un segundo el rellano quedó cubierto de ratas, encima de! cadáver de Monique. Cientos, quizá miles de ratas. Quizá millones, llegó a pensar madame Debré.

Reaccionando, encendió la luz del desván..., y ni siquiera ella pudo evitar un grito de horror al verlo lleno de ratas. Completamente lleno por todas partes... la revelación de lo ocurrido tuvo que llegar, por fin, a su mente: las ratas, desesperadas sabiendo que allá siempre tenían algo para comer, habían estado escarbando con sus uñas y sus dientes, haciendo nuevos agujeros... Seguramente, no habían conseguido apartar la maceta, pero habían practicado nuevas entradas en las viejas paredes...

Y allí estaban. Miles de ratas.

Por todas partes, llenando el desván, rodeándola a ella, rozando sus piernas... Madame Debré apagó la luz e intentó cerrar la puerta del desván pero no pudo lograrlo, porque las ratas, la gran masa de ratas, se lo impedía. Debió lastimar algunas porque oyó chillidos de protesta, sus agudas voces... Tuvo que desistir de cerrar la puerta, y se quedó mirando, fascinada, aquellos miles de pares de puntitos luminosos que llenaban el desván...

Fue justo entonces cuando notó el primer mordisco en una pierna. Se echó a reír, dulcemente.

—No, no —dijo en voz alta—. A mí no, queridas... Luego, sintió otro mordisco. Y otro, y otro más...

—Quietas... Dejadme, dejadme... Vamos, ya sabéis muy bien que a mí no debéis morderme...

Pero lo cierto era que cada vez la mordían más ratas, en más puntos, con más fuerza. Naturalmente, debía tener las piernas llenas de sangre. ¡Aquellas estúpidas desagradecidas...! ¿Qué se habían creído? Lo primero que haría al día siguiente seria hacer tapar bien, muy sólidamente, todos los agujeros...

¡Pero no dejaban de morderla!

Bajó la cabeza, airada, y se estremeció al verlas rodeadas de ratas

mordiendo a toda prisa... hasta que, por fin, la verdad pareció golpear brutalmente a madame Debré en plena frente, con un impacto tangible.

—No —susurró—. A mí no... ¡A mí no! ¡Apartaos!

* * *

Comenzó a mover las piernas, furiosa, propinando puntapiés, ayudándose con manotazos, chillando histéricamente. Apartó cientos de ratas que chillaban cada vez más, con más fuerza, con más acritud en su protesta. Caminó hacia los peldaños, siempre dando puntapiés y manotazos, pasando por encima del cadáver a medio devorar de Monique...

No.

Las ancianas no deberían subir a los desvanes.

Era inevitable que Claudine Debré perdiese el equilibrio. Tanto debido al cansancio, como a las grandes dificultades que tenía al atravesar aquel montón de cientos de ratas, pisando a unas, apartando a otras, golpeando con las manos a otras...

Lanzó un chillido histérico cuando comprendió que iba a caer, pero el chillido no solucionó nada: cayó escaleras abajo, rebotando sobre escalones y ratas, que chillaban tanto como ella, y saltaban por todos lados... Rebotando llegó abajo, quedó tendida de bruces un instante y, en seguida, se volvió, sentándose, mirando hacia la escalera por la cual bajaba, como una oleada gris, peluda, sucia, el enjambre de ratas que no tenía sitio para morder a Monique. Era como... como un enorme montón de lava descendiendo por la ladera de un volcán... Un montón de lava lleno, salpicado de cientos, quizá miles de pares de puntitos fosforescentes...

Madame Debré, desorbitados los ojos, cubierta de sangre por todas partes, movió la cabeza con gesto negativo, crispada, tenso el cuello, rígidas las mandíbulas...

—No —negó tercamente—. No, no, no... A mí no debéis morderme, a mi no debéis devorarme...

CAPITULO IX

Claude Debré llegó a pie, pues había tenido que dejar el coche lejos. Aunque esta vez, no demasiado, ésa era la verdad.

Parecía que todo presagiaba felices acontecimientos, y por eso, Claude llegó sonriendo ante la casa de su madre. Es decir, la casa, que hasta hacía poco, había sido la suya. Ah, la vieja casa de Montmartre, tan querida... Claro que no era precisamente un palacio, pero, a veces, muchas veces, la añoraba.

—Es curioso —se dijo—, la fuerza que tienen los recuerdos de la niñez. Hay cosas que han ocurrido hace un mes, o una semana, y que ya jamás recordaré. En cambio, todas las cosas que hacía cuando era niño, las recuerdo perfectamente. O casi todas, al menos...

Se veía luz en casa de su madre, y Claude cruzó el diminuto jardín delantero, sonriente, feliz. Sí... Las cosas siempre pueden arreglarse, con un poco de buena voluntad por parte de todos. Y cuanto antes, mejor.

Claude Debré alzó la mano hacia el timbre, pero, de pronto, quedó inmóvil. Y volvió a sonreír.,

—Les voy a dar una sorpresa —se dijo alegremente.

Fue a una de las ventanas, sintiendo ganas de reír. Sí, se iban a llevar una buena sorpresa, pero todos reirían cuando les contase el truco para abrir la ventana de la casa, por la que tantas noches había escapado para realizar sus correrías con los amigos, mientras sus padres lo creían dormido...

Apretó la ventana hacia dentro con una mano, colocó el borde de la otra mano bajo los listones que sostenían los cristales y, con esta mano, apretó suavemente hacia arriba. Se oyó un chasquido, y, feliz como nunca, Claude Debré acabó de alzar la ventana, procurando no hacer ruido alguno. Pasó las piernas por el bajo alféizar, y se dejó caer en el interior de...

¡Hiiiiiccc, hiiiifccc... hiiiiiiiiccccccc...!

Lanzó un respingo al oír aquel chillido junto a sus pies uno de los cuales había pisado algo blanco. En seguida, por entre los chillidos, oyó los arañazos en el suelo, el rumor de cosas ligeras desplazándose... Incluso, en alguna parte, vio algunos pares de puntitos luminosos...

Santo cielo —se consternó—; mamá tiene ratas en casa... Pero la culpa es mía. De Monique y mía, la hemos tenido descuidada...

Abrió la puerta de aquella habitación, y salió al corto pasillo que llevaba a la salita... Allí, Claude Debré quedó paralizado de estupor y espanto, contemplando con expresión desorbitada los cientos y cientos de ratas que corrían por todas partes, escabulléndose ahora, saltando en busca de escondrijos, chillando, arañándolo todo.

—Dios mío, pe...pero... ¿qué... qué es... esto?

Sobreponiéndose al asco y a lo que sólo podía definirse como miedo, Claude comenzó a puntapiés con las ratas, que huían y aparecían por todas partes, chillando sin cesar. También en la salita había muchas, por todas

partes...

—Mamá —llamó temblorosamente, cada vez más aterrado—. Mamá, Monique... ¡Mamá!

Pero... ¿qué pasaba? ¡Claro que ellas no debían estar allí, habían visto las ratas, y habían escapado a toda prisa, naturalmente!

Más aturdido aún, Claude insistió, caminando hacia el fondo de la casa:

—¡Mamá! ¡Monique!

Se detuvo ya definitivamente horrorizado cuando llegó al punto desde el cual podía ver la entrada de la cocina y la escalera que llevaba al desván. Allá, todavía había más ratas. Miles, miles, miles de ratas, formando incluso montones, especialmente arriba, en el descansillo del desván, y al pie de las escaleras... Verdaderas montañas de ratas rodeadas de muchísimas más, que parecían enloquecidas, corriendo por todas partes, y buscando un modo de penetrar en aquellas dos masas bullentes de sucios animales apilados. Algunas ratas comenzaron a acercarse a Claude Debré, y éste, mirando aquellos ojillos, palideció de pronto.

Dio la vuelta, y echó a correr, saltando por encima de unas ratas, pisando otras. Despavorido, lívido, llegó a la puerta de la casa, la abrió, y continuó corriendo hacia la calle... Alrededor de él, comenzó a oír los histéricos gritos femeninos, las voces asustadas de los hombres... Todos los transeúntes gritaban, algunos corrían, las mujeres chillaban cada vez más...

—¡Ratas! ¡Miren, miren, cientos de ratas...! ¡Salen de esa casa...! ¡Cuidado, salen más, siguen saliendo...!

Verdaderamente, seguían saliendo ratas, a centenares, corriendo, escabulléndose como podían, en busca de la rendija de una cloaca para regresar a su morada habitual. Una verdadera riada de ratas provocó, durante un buen rato, un tremendo pánico en aquel pequeño rincón de Montmartre, mientras buscaban el regreso al hogar.

Porque ya, en el desván, no había nada para comer.

ESTE ES EL FINAL

El policía se pasó el pañuelo por la frente, y se quedó mirando a Claude Debré, que a su vez lo miraba con los ojos muy abiertos.

—No... no estaban en casa, ¿verdad? —musitó Claude.

—Sí... Sí, señor —tragó saliva el gendarme—: estaban en casa. Las dos. Pe... pero si yo... fuese usted, no iría allá, se lo aseguro.

—¿Por qué?

—Monsieur —el gendarme volvió a pasarse el pañuelo por la frente cubierta de sudor en pleno invierno—. Monsieur, yo no entraría, no querría ver eso. *Mon Dieu, c'est terrible*! Hemos llamado una ambulancia que llegará en seguida pero... no sé lo que van a llevarse. Quiero decir que... Por su bien, monsieur, no se acerque.

Dejó a Claude como clavado allí, en el suelo, lejos de la casa, a pesar de que ya no se veía ni una sola rata en parte alguna. Claude Debré no entendía muy bien... En realidad, no podía comprender lo sucedido. Lo único que sabía era que, precisamente cuando todo iba a ir bien para todos, había pasado algo... horrible.

Sacó lentamente la mano del bolsillo, con el papel que había encontrado, escrito por Monique, al llegar a la casa. A la luz de un farol, leyó:

> «Claude, estoy con tu madre. Ella me ha llamado por teléfono. Por mi parte, también haré lo que pueda para que los tres podamos vivir en paz. Te ama.
>
> »Monique.»

FIN